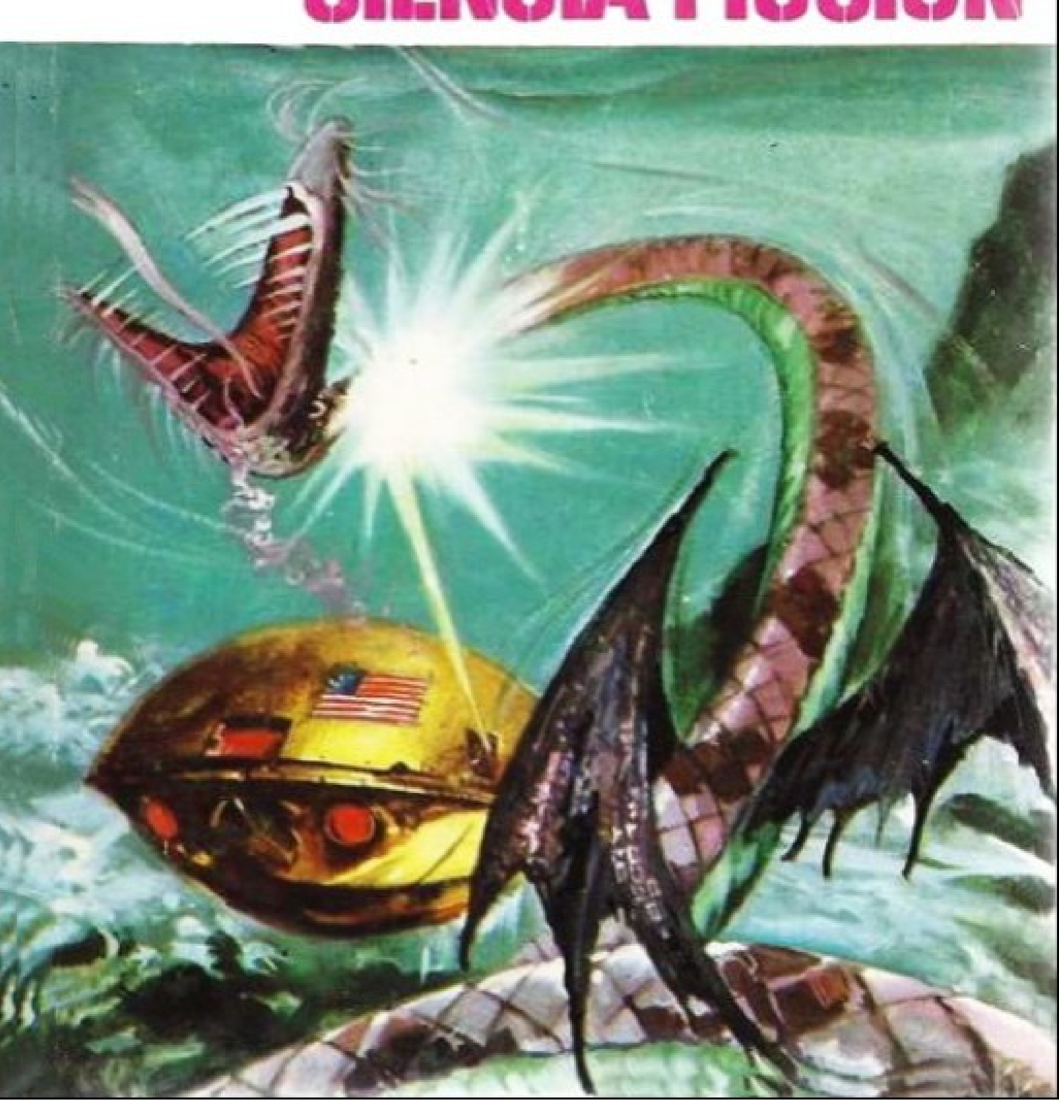
BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

¡SARGAZOS!

Curtis Garland

CIENCIA FICCION







La conquista del ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

484 – Conflicto en Magna, *A. Thorkent*.

485 – Los desesperados de Xantrono, *Kelltom McIntire*.

486 – Más allá del infinito, *Clark Carrados*.

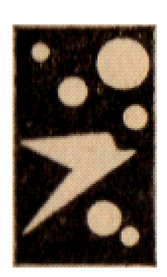
487 – Amor y muerte en la tercera fase, *Adam Surray*.

488 – El secreto del Dr. Tyne, *Glenn Parrish*.

CURTIS GARLAND

¡SARGAZOS!

Colección
LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 489
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02525-0
Depósito legal: B. 33.726 - 1979

Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: diciembre, 1979

Concedidos derechos exclusivos *a* favor
de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la

imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1979

CAPÍTULO PRIMERO

Aquel fue el día en que se jugó el destino, de la humanidad. El futuro del mundo dependió de lo que aquellas terribles y dramáticas horas reservaron a los humanos.

Porque el miedo nuclear, el pánico al holocausto total, se enseñoreó del mundo después del suceso de aquella tensa y preocupante mañana de la primavera de 1992.

Y todo lo que pudiera suceder en un futuro inmediato, estaba condicionado a la acción de un solo hombre.

Un hombre cuya misión consistía en evitar la Tercera Guerra Mundial y, con ella, el posible fin del mundo o, cuando menos, de la raza humana.

Un hombre de cuyo éxito o fracaso dependía que los continentes y naciones se viesen pulverizados por una terrorífica lluvia radiactiva, por una serie de ingenios nucleares de escalofriante poder destructor y nulas posibilidades de neutralización.

Los Estados Unidos poseían una sofisticada y nueva versión de la bomba de neutrones capaz de extinguir la vida en continentes enteros, dejando intactas las huellas de nuestra civilización, como eran monumentos, ciudades y obras de arte o de ciencia y mecánica.

La Unión Soviética, con su nuevo cohete *Ural-3,* capaz de pulverizar todo signo de existencia humana o animal, propagando una nube radiactiva que, igualmente, dejaría intacta la obra del hombre, pero terminando de raíz con éste y con los animales, sin contaminar, sin embargo, a las plantas. .

Por fin, China con su enigmático pero temido genio destructor *Tao-2000,* una superbomba de materia desconocida, de la que se aseguraba que podía paralizar a todos los humanos, sin descomponer ni corromper la materia, con lo que el mundo atacado por los chinos se convertiría en una especie de gigantesco escaparate de maniquíes de carne y hueso,, petrificados hasta el fin de los tiempos, Pero con el riesgo inevitable, corno todas las demás armas estratégicas de Oriente o de Occidente, de que la represalia enemiga fuese tan implacable y letal como su propia iniciativa.

Ante esa perspectiva de horrores sin límites, el mundo no podía

sino estremecerse, angustiado, a la espera de que sólo un puñado de hombres reunidos en alguna parte, resolviera al efecto, convirtiendo al mundo en su campo experimental de fuerza, de poder y de revancha.

Y todo ello, porque aquella apacible mañana de mayo de 1992, en que los boletines meteorológicos anunciaban total normalidad climática en el Atlántico Norte, sin peligro -de borrascas, corrientes peligrosas o riesgo de alteraciones magnéticas, ocurrió lo que ocurrió.

Fue, precisamente, cuando la Conferencia Internacional de Johannesburgo, África del Sur, iba a tener lugar, tras la implantación del primer Gobierno mayoritario de Sudáfrica, ahora regentado por la raza negra que hasta ese momento, permaneciera sojuzgada y aherrojada por una política colonialista de claro racismo, intolerancia e injusticia racial y social.

Aquella Conferencia de alto nivel, a la que estaban invitados por parte del presidente Mbongo de la Nueva República Negra Sudafricana, .los dirigentes políticos de los Estados Unidos de América, URSS, China, Francia e Inglaterra, así como observadores africanos de los más importantes y nuevos Estados africanos, tenía un objetivo claro y concreto.

El peligro de guerra en el continente africano era muy alarmante. En los últimos años, una serie de intereses de las grandes potencias estaban chocando con evidente riesgo en la formación de nuevos acuerdos y convenios comerciales y políticos. Nuevas fuentes energéticas, venían a complicar las cosas, en especial con respecto a los Estados Unidos, La Unión Soviética y los intereses chinos en aportaciones y ayudas a nuevos aliados africanos. En cualquier momento, podía saltar la chispa que encendiera ese polvorín latente.

El pacifismo del actual presidente norteamericano, así como los buenos oficios, chinos para impedir el caos, chocaban con el repentino endurecimiento soviético, provocado más por una crisis interna creada por serias disensiones políticas, que por verdadero antagonismo internacional. El Kremlin, según los expertos, debía reforzar su situación interior, y eso implicaba un inevitable endurecimiento exterior, cosa que los Estados Unidos ya habían practicado también en una cercana fecha anterior, a causa de un

enfrentamiento crítico entre «halcones» y «palomas» washingtonianos.

En tan tenso momento internacional, tuvo que ocurrir aquello.

Y sus consecuencias fueron desastrosas, como no podía ser por menos.

Nunca, como en aquellos críticos días de la primavera de 1992, estuvo el mundo tan próximo a la temida Tercera Guerra Mundial y a sus imprevisibles y definitivas consecuencias…

* * *

Todo comenzó con la desaparición del *Espíritu de la Paz*.

El *Espíritu de la Paz* no era solamente un nombre eufónico y esperanzador para el mundo. Era, también, una clara maniobra política de pacifismo previo a toda negociación.

Pero había sentado bien la idea del presidente de los Estados Unidos de bautizar así a su reactor presidencial y ello contribuía a reforzar la imagen saludable, estereotipada y aséptica del primer mandatario de Washington.

Quizá por ello mismo, la desaparición del *Espíritu de la* Paz resultó tan significativa como simbólica para el mundo entero. Porque con ella, el peligro sombrío y tétrico de la irreversible guerra total se cernió sobre el mundo como la negra capa de un monstruo ingente y aterrador, capaz de envolver en sombras eternas al orbe entero.

Aquella mañana de mayo, tranquila y sin riesgos en todo el Atlántico, salía del aeropuerto de Washington el reactor presidencial, rumbo a Johannesburgo, con el presidente a bordo, en compañía de su secretario de Estado, el vicepresidente Tarleton y los periodistas más destacados de los rotativos y Agencias de prensa norteamericanas.

Sin embargo, sólo unas horas después, se daba por desaparecido el aparato en una zona del Atlántico Norte comprendida entre Las Bermudas y el Mar de las Antillas, algo al norte del Trópico de Cáncer, entre los veinticinco y treinta grados de longitud Oeste y los cincuenta a sesenta de latitud Norte.

En suma, justamente en el llamado Triángulo de las Bermudas o Triángulo del Diablo.

En el Mar de los Sargazos, para ser exactos.

—¡El Mar de los Sargazos!

—Exacto. Ese siniestro mar inmóvil que flota en el Atlántico Norte, cargado de restos de navíos, algas y vegetales marinos. Allí, poco más o menos, fue detectada la presencia del *Espíritu de la Paz,* y recibido un mensaje normal del aparato, por parte de su comandante de vuelo, coronel de Aviación, Walter Latimer.

Después, ya no se supo más de ellos.

Ni un mensaje de socorro, ni una petición de ayuda. Nada.

Ni el más leve indicio que hiciera suponer la suerte corrida por el aparato. Los observadores de la zona, incluido un centro meteorológico de Hamilton, cercano al área del suceso, nada pudieron aclarar al respecto. En sus pantallas de radar, el avión presidencial fue visible sin problemas durante cosa de una hora, hasta que, de súbito, desapareció de la visual. Hubo un centro de control que detectó la presencia repentina de algunas interferencias captadas en la zona, antes de borrarse el punto detector del aparato presidencial. Pero un destructor norteamericano, negó esa posibilidad, asegurando que la detección por radar se eclipsó de súbito, sin fenómeno previo alguno. Lo habían confirmado en una grabación, sin lugar a dudas.

Fuera como fuese, el llamado *Espíritu de la Paz* del presidente norteamericano, se había ido al limbo en apariencia. Las primeras y lógicas sospechas de un accidente en alta mar, empezaron a ser dudosas poco tiempo después. Una escuadrilla de aviones, sobrevolando la zona, no había captado rastro alguno del aparato, que permitiera imaginar un accidente aéreo.

El mundo empezó a vivir sus dramáticas horas de espera, cuando el primer despacho de Agencia llegó a las redacciones de periódicos, emisoras de radio y de televisión.

Era un texto tan breve como ambiguo y estremecedor para la tranquilidad de los pueblos de la Tierra:

«Bahamas, 13 de mayo *(urgente)*. — Avión presidencial norteamericano *Espíritu de la Paz* desaparecido en el Atlántico Norte sin dejar rastro, con todos sus tripulantes a bordo. Crisis entre los estadistas reunidos en Johannesburgo. Se avecinan horas críticas.»

Las líneas cablegráficas, telegráficas y telefónicas, así como la radio y las conexiones de Mundo-Visión trabajaban a tope en esos momentos. Periódicos sensacionalistas cometieron el primer traspiés

al publicar titulares capaces de elevar la tensión al máximo.

Un rotativo neoyorquino y otro alemán, batieron el récord de la insensatez en tales momentos, publicando a toda plana un titular escalofriante en su primera página:

«Rumores de submarinos nucleares rusos detectados en el Atlántico Norte. ¿Ordenó el Kremlin abatir el avión del presidente de los Estados Unidos?»

De eso a lo que publicó otro rotativo sensacionalista con los epígrafes más gigantescos que halló, sólo había un paso. Un paso sumamente peligroso:

«¡Vísperas de la Tercera Guerra Mundial! Estamos al borde del desastre final.»

Era exagerado lodo, ciertamente. Pero revelaba un estado de angustia y tensión que sensibilizaba al hombre de la calle. El pánico empezaba a adueñarse del mundo.

Y del Atlántico Norte no llegaban noticias esperanzadoras en absoluto. Peor que eso, no llegaban noticias de ninguna clase.

Era como si al gigantesco reactor presidencial le hubiese devorado el mar, sin dejar el más leve rastro. Ni siquiera un fragmento de fuselaje o una mancha de aceite en su superficie.

* * *

—¿Algo nuevo?

—Nada, señor —el delegado norteamericano en Johannesburgo, se enjugó el sudor, mirando con angustia al presidente sudafricano Mbongo, que era el que hiciera la pregunta—. El Departamento de Estado acaba de emitir un boletín informativo oficial.

—¿Y dice...? —se interesó el político negro, inquieto.

—Poco más o menos lo que dijo anteriormente la Oficina de Información de la Casablanca. No tienen noticias del Atlántico. Et rastreo prosigue, intensivo. Numerosos aviones y navíos de guerra recorren milla a milla la zona, sin resultado práctico. Se sabe que un submarino no identificado ha huido con rapidez de aquel sector, pero no ha logrado ser localizado ni detectado. Se teme que pueda ser soviético.

—Aun así, podría ocurrir que no tuviese nada que ver con el

suceso —señaló prudentemente el estadista africano.

—Quizá, señor —el funcionario americano sacudió su cabeza, nervioso—. Pero en la situación actual, cualquier chispa puede provocar el estallido.

—Sí, me hago cargo —admitió Mbongo, con expresión sombría —. Por favor, téngame informado al minuto. Dentro de media hora tengo una entrevista especial con el presidente de la Unión Soviética en mi despacho. Para entonces, me gustaría saber algo más.

—Y a mí, señor, y a mí —confesó amargamente el americano, bajando la cabeza con desaliento.

Así estaban las cosas en Sudáfrica. Un alto funcionario de la delegación china, se había manifestado reticente en una conferencia de Prensa improvisada, asegurando que si había una mano oculta tras de aquel suceso, China podía verse obligada a una alianza ocasional con el país americano, para defenderse mutuamente de un agresor común, capaz de atentar contra la vida de un político pacifista y de buena fe como el desaparecido. La clara alusión[1] a los soviéticos había sido prestamente recogida por éstos, y se anunciaba para la medianoche de aquel mismo día una alocución especial del premier ruso en respuesta a ciertas insinuaciones.

La tensión, por tanto, subía enteros por momentos en Johannesburgo. Y, a fin de cuentas, la ciudad sudafricana era en esos momentos el pulso mismo del mundo.

Un pulso febril, excitado, que no hacía presagiar precisamente una curación inmediata del enfermo, a menos que el virus pudiera ser atajado y combatido eficientemente por una adecuada terapéutica.

Lo malo es que ese virus dependía totalmente de que el presidente norteamericano fuese hallado o no, vivo o muerto, y se comprobase si todo obedecía .a un simple y desgraciado accidente... o a algo mucho más oscuro y siniestro, capaz de provocar el mortal colapso del enfermo. Un enfermo que era el mundo entero en estos momentos...

La conferencia de medianoche del estadista soviético no quitó hierro a la cuestión, ni mucho menos. Allí, cada uno pretendía demostrar su propia seguridad y firmeza, aunque siempre negando

cualquier responsabilidad en el que se calificaba de «desgraciado accidente», ajeno a toda humana voluntad.

Fue a primeras horas de la madrugada, cuando unas fotografías aéreas, obtenidas casualmente por un patrullero de guardacostas de la República Dominicana, facilitadas urgentemente a los servicios de información de los Estados Unidos, revelaban la presencia del submarino desconocido en la zona crítica, pudiéndose identificar gracias a las mismas su modelo y nacionalidad, sin lugar a dudas.

Era soviético.

El descubrimiento oficial' significaba otro leño al fuego, aunque el Ministerio de Marina Soviético salía rápidamente al paso, asegurando que se trataba de una travesía rutinaria, sin objetivo determinado alguno, y proclamaban su total inocencia en el caso. El hecho de que se tratase de un submarino atómico empeoraba las cosas. Un misil suyo pudo haber derribado el avión presidencial, en opinión de algunos expertos del Pentágono, quizá interesados en avivar el incendio donde podían arder todos sin remisión.

Y así, a las seis de la mañana, hora de Johannesburgo, una nota oficial del Gobierno norteamericano, extremadamente dura, advertía tajante a la Unión Soviética de que, si en cuarenta y ocho horas no se obtenían evidencias suficientes de que el hecho había sido un simple accidente sin intervención humana alguna, los Estados Unidos se considerarían en guerra con la Unión Soviética.

Era la mecha que faltaba, Y estaba ardiendo ya, camino del polvorín.

Para acabar de complicar las cosas, el Gobierno de Pekín emitía a primeras- horas de la mañana un texto oficial, condenando cualquier acción agresiva contra los Estados Unidos, y situándose incondicionalmente al lado de Washington para aliarse en cualquier circunstancia con los norteamericanos, «incluso en una guerra nuclear y total contra cualquier enemigo común», añadía la nota como sibilina insinuación final.

La situación ya no era solamente tensa."

Era desesperada.

Cuarenta y ocho horas solamente... y estallaría la Tercera Guerra Mundial.

Los estadistas reunidos en Johannesburgo regresaron precipitadamente a sus países de origen. La URSS se limitó a

responder con una fría nota, de extrema dureza, diciendo que cualquiera que fuese el agresor contra suelo ruso, sería inmediatamente respondido «con todo el poder bélico de los Estados Socialistas Soviéticos».

El guante estaba recogido. El- duelo parecía inevitable.

Una primera edición especial de algunos diarios, ya anunciaban en enormes titulares la noticia capaz de conmover al mundo:

«¡Ultimátum USA a la URSS! Es la guerra sin remedio.»

Y esta vez, por desgracia, no había exageración alguna en ese informe periodístico. Todo dependía de unas pocas horas.

Luego...

Luego, ¿qué?

CAPITULO II

—Esa es la situación, Damon. Desesperada, diría yo.

—¿Y qué diría el Gobierno? —sonrió duramente Damon Kent, del Servicio Especial de Inteligencia del Gobierno de los Estados Unidos.

—Lo mismo o peor. Estamos sobre un volcán que puede entrar en erupción en cualquier momento.

—Lo supongo. ¿Y si los rusos se anticipan a la amenaza que hemos formulado oficialmente, tomando ellos la iniciativa?

—No Io creo. Confían en salvar la crisis pacíficamente. Sólo actuarán en respuesta, Damon. No atacarán previamente, o mucho me equivocaría con su punto de vista.

—Si se equivoca, señor, será igual —sonrió Kent, encogiéndose de hombros—. Ya no podremos discutirlo después...

Alian Mallory, jefe del Servicio de Inteligencia, también se permitió una débil sonrisa. Luego, le hizo notar con tono grave y preocupado:

—Personalmente, no estoy nada seguro de que los rusos, hayan derribado el avión presidencial.

—Pues el Pentágono sí parece estarlo, a juzgar por ese ultimátum.

—Los militares son muy radicales en sus decisiones. Quizá estén ellos en lo cierto, pero yo quisiera confiar en que todo se deba a un desgraciado accidente.

—Habría que probarlo, señor. Los restos del avión serían fundamentales para ello. ¿Se ha buscado lo suficiente?

—Eso y más. No hay rastros. Ni siquiera huellas de impacto. La Marina ha enviado a sus mejores inmersionistas. No hay nada sumergido que haga pensar que el avión se hundió en el mar.

—¿Entonces se evaporó?

—Algo parecido. Si hubiera estallado, se encontrarían restos dispersos, objetos de a bordo, restos humanos… algo, lo que fuese. Y no hay nada de nada. Como si nunca hubiera existido.

—Y no es la primera vez que ocurre…

—No, no es la primera —admitió Mallory—. Esa zona tiene una triste fama, no sólo reciente, sino en el pasado. Navíos antiguos, barcos, aviones y toda clase de embarcaciones y naves han desaparecido allí sin dejar huella alguna. El Triángulo del Diablo. Científicamente, no parece tener mucha base. Pero Io cierto es que hubo desapariciones inexplicables. Una fuerte acción magnética no lo explicaría todo. Y menos en este caso. No hay evidencias de que hubiera actividad magnética desusada en ese sector durante las horas en que lo sobrevoló el *Espíritu de la Paz.*

—Sin embargo, sí hay evidencias fotográficas de que> un submarino soviético, equipado con misiles de cabeza nuclear recorría esas latitudes en aquellos momentos.

—Eso, sí. Ellos afirman que son muy dueños de recorrer el mar donde no hay jurisdicción alguna, y tienen razón. Su submarino, aseguran cubría una singladura rutinaria de observación. Puede que sea así, pero…Existe la duda. Y eso es lo que ha provocado la crisis definitiva,_ Damon.

Damon Kent afirmó lentamente. Paseó por la amplia estancia, en silencio, con la mirada fija en el suelo. Al fin se detuvo ante un enorme mapa luminoso que cubría un muro hasta el techo. En ese mapa, una zona iluminada en rojo señalaba el sector donde desapareciera el avión. Una luz verde marcaba el último punto donde captó el radar la presencia del avión presidencial y se transmitió el último informe de situación.

Debajo de esa luz, se leía en unas letras amarillas, casi fantasmagóricas:

MAR DE LOS SARGAZOS

El mítico mar del misterio, origen de viejas leyendas marinas, de mitos ancestrales y de literatura barata, pensó Damon Kent, con la mirada fija en aquellas letras que parecían cobrar un siniestro significado en estos momentos.

—El Mar de los Sargazos... —comentó.

Alan Mallory asintió, ceñudo.

—Sé lo que está pensando. De niño me fascinaba ese lugar. Imaginaba que historias de buques fantasmas y de navegantes malditos habían tenido lugar en sus misteriosas aguas inmóviles, hechas de residuos, de algas y de crustáceos marinos, arrastrados y acumulados por las corrientes de esa zona.

—Ahora, la leyenda infantil parece realidad —señaló Damon, .reflexivo.

—Sólo que no es una leyenda. Ni tiene nada de infantil. Puede ser el caos. La muerte' de! mundo. El final para todos.

—Sí, es lo malo de todo esto.

Tras otro silencio, Damon y Mallory se miraron con aire significativo. Kent señaló:

—El último punto donde se detectó la presencia del avión debía estar cosa de quince millas adentrado en el Mar de los Sargazos.

—Poco más o menos. ¿Por qué lo dice?

—Porque me sorprende que ese avión sobrevolase el Mar de los Sargazos pudiendo seguir otra ruta más segura, desviándose de la zona que pudiéramos llamar «conflictiva» en ese área.

—Tal vez el coronel Latimer, el piloto, no tuvieron imaginación para creerse las historias de fantasmas del Mar de los Sargazos —sonrió tristemente el jefe de inteligencia.

—Tal vez. Pero cualquier piloto ha oído hablar de posibles zonas magnéticas en ese trayecto. Sería poco prudente sobrevolarlas, y más en un vuelo tan significativo y delicado como ése, llevando a bordo al primer mandatario de la nación, ¿no le parece?

—En efecto, Damon. En eso estamos de acuerdo.

—¿Tiene un historial del coronel Walter Latimer?

—Claro —fue a su mesa de trabajo, rebuscó en una gaveta y extrajo un dossier, eh cuya carpeta se podía leer: *Coronel Walter Latimer. USAF. Estrictamente confidencial* Se la tendió a Damon—.

Puede examinarlo. Como verá, soy un hombre muy minucioso cuando tengo que investigar algo.

—Sí, ya lo veo —suspiró Damon, tomando el dossier.

Le llevó unos momentos examinarlo a grandes rasgos. Se lo devolvió a su jefe en silencio. Luego, meneó la cabeza con desaliento.

—No tiene sentido —dijo—. Un veterano del aire. Más de cuatrocientas millas en vuelos civiles. Y casi el doble como militar, en la guerra iraní de 1982 y en la libanesa de 1985. Un hombre así 110 se mete en los Sargazos alegremente.

—Pues lo hizo.

—Sí. Y ni siquiera informó de ello. Revisé antes los datos de ese vuelo, hasta el momento de hacerse el silencio. Ni una mención a los Sargazos. Como si siguiera una ruta normal. Pero *no era* la normal.

—Todo eso ¿a dónde nos lleva?

—A dos posibilidades: o el coronel Latimer lo hizo intencionadamente, sin darle la menor importancia, pese a que eso incluso le haría dar un pequeño rodeo en su rula... o no se dio cuenta de que volaba en ese sentido.

— ¡Pero esa última posibilidad es absurda en un veterano civil y militar!

—Exacto: absurda. Esa es la palabra.

—No tiene sentido, Damon.

—No, no lo tiene. Eso es lo que más me preocupa. ¿Qué espera de mí, exactamente?

—Que encuentre el avión del presidente antes de cuarenta horas. Es todo el tiempo de que dispone. Le facilitaré una nave experimental realmente extraordinaria. Espero que le sea útil.

—¿Qué clase de nave? —se interesó Kent.

—Un combinado perfecto de nave anfibia y aérea. Puede ir por tierra, mar y aire, o sumergirse a voluntad.

—Eso es fantástico. ¿Muy grande?

—No. Al contrario. Muy pequeña y manejable. Capacidad para sólo dos personas, o un máximo de tres en circunstancias de especial emergencia. Tiene un nombre peculiar.

—¿Cuál?

—Olympic. En realidad, una olimpiada se celebra en tierra, mar

y aire, ¿no es cierto? Atletas, nadadores, saltos de altura... De ahí el nombre que lo implica todo. Y, además, el espíritu de lucha y la honradez. Su creador quiso simbolizar todo eso en la pequeña nave por él imaginada, ya que exigió al Gobierno que jamás se use en aplicaciones bélicas, sino solamente en el terreno científico, técnico o simplemente de salvamento, búsqueda e investigación de cualquier tipo. Así se le prometió, y ésta será la primera actividad trascendental del Olympic. En sus manos queda, amigo Damon.

—Puede resultar un fracaso el tal invento —comentó Kent, mirando las cosas por su lado práctico—Imaginemos una avería en plena inmersión...

—Sería su muerte —suspiró Mallory sin rodeos—. La nave está diseñada para descender incluso a profundidades de más de mil metros. Puede volar a ochocientas millas por hora, y deslizarse por tierra o mar a un promedio de mil millas, si no hay obstáculos y el camino es recto y llano.

Damon emitió un silbido de asombro. Indagó, previsor:

—¿Y su motor?

—Una pila nuclear de alta seguridad. Su consumo es prácticamente nulo, y puede tener autonomía de vuelo, inmersión o recorrido por tierra firme durante meses enteros. Claro que el depósito de oxígeno concentrado para inmersiones es de solamente cuarenta y ocho horas, con una carga adicional de máxima emergencia de otras dos horas.

—¿Armas a bordo?

—Las convencionales e imprescindibles para la autodefensa, no para el ataque. Recuerde que el inventor exigió unas condiciones que se le prometieron bajo palabra por el propio presidente de los Estados Unidos. Nunca será un ingenio agresivo, recuérdelo, salvo en caso de propia defensa o de ayuda a un incapacitado en peligro mortal. Está dotada de sonar, radar y todos los adelantos técnicos.

—¿Comunicaciones?

—Las normales: radioteléfono con línea roja de emergencia máxima, directa con la Casa Blanca o el Pentágono, radio y señales luminosas para las profundidades, si fallasen los demás sistemas de contacto. ¿Alguna pregunta más sobre el Olympic?

—Muchas, señor. Pero las haré cuándo conozca ese vehículo tan peculiar. Ahora, lo importante es saber qué se espera exactamente

de mí,

—Creo que ya lo sabe: encuentre al presidente, vivo o muerto. Encuentre el avión o sus restos. Fotografíelos y fílmelos si da con ellos. Rescate su cadáver si ha muerto o rescátele a él si vive en alguna parte. Luego, solicite ayuda urgente para cualquier cosa, como recoger restos o personas. Y cuanto antes. Recuerde que disponemos de poco tiempo. Sólo cuarenta horas. Ni una más. Los rusos, si son realmente inocentes, estarán rastreando la zona también, en busca de huellas del desastre para demostrar que fue accidental y no provocado por su submarino nuclear. Algunos otros pueden estar interesados en Io contrario y tratar de buscar evidencias de que la URSS causó el desastre. Sea como sea, evite choques y enfrentamientos, eluda contactos con otros agentes y tripulaciones. En suma, trabaje solo hasta el último momento. Apenas sepa algo concreto, informe. Si es posible, y e! tiempo lo exigiera, por la línea roja de máxima emergencia, para evitar la guerra que parece inevitable. ¿De acuerdo, Kent?

—De acuerdo, señor.

—Bien, muchacho —le tendió su mano cordialmente—.

En usted confiamos. No nos defraude ni defraude al mundo Si nuestro presidente está en alguna parte de ese maldito mar encuéntrelo. Es todo lo que le pedimos.

—Entendido, señor. Si está allí todavía, vivo o muerto, le encontraré.

—Dios le oiga.

Damon Kent salía poco después del despacho del jefe de Inteligencia, Alian Mallory.

La más difícil misión para un agente especial del Servicio Secreto norteamericano, había comenzado.

Una misión contra reloj. Una misión cuyo fracaso implicaba la guerra total. Y, posiblemente, el fin del mundo con ella.

* * *

El primer ministro soviético contempló largamente al agente Boris Kowalsky, del Servicio Secreto del Kremlin.

—¿Todo dispuesto? —preguntó.

—Todo, señor —afirmó e! agente con energía.

—Bien. No le entretendré mucho. El tiempo no nos sobra Ni a nosotros ni a los americanos. Si ese avión no aparece y no podemos demostrar que su posible caída al mar ha sido por accidente, sin intervención de causas humanas agresivas, la guerra será inevitable. No creo que los Estados Unidos 1a desee, salvo determinados grupos de presión como los fabricantes de armamento y ciertos militares belicistas. Sea como sea, nosotros *no hemos* abatido ese avión, aunque ellos así le sospechen. Pero la presencia de buques y aviones nuestros en esa zona, buscando el aparato presidencial, ha despertado nuevas suspicacias, pensando que nos preparamos para uní posición estratégica, de cara a la conflagración que puede iniciarse pasado mañana. Evite usted el menor incidente con los navíos y aviones norteamericanos. Las cosas ya están lo bastante mal sin que tengamos que empeorarlas todavía más, Kowalsky.

— Lo tendré en cuenta, señor.

—Lo sé. Ahora, sólo puedo desearle suerte. Espero que antes de la hora fatal en que los misiles atómicos americanos se disparen hacia Moscú, y los nuestros hacia Washington y Nueva York, podamos entre todos evitar ese cataclismo aterrador que a nadie beneficiará.

Kowalsky se cuadró militarmente, saludando a su jefe de Gobierno, respetuoso.

—Haré cuanto esté en mi mano, señor. Hasta el último extremo.

—Bien. Adelante, Kowalsky. Buen viaje al Triángulo de las Bermudas.

Se saludaron. El agente soviético abandonó las estancias del Kremlin donde había sido citado. Faltaban menos de cuarenta horas para el plazo fijado en el ultimátum de Washington.

Y la guerra parecía imposible de evitar. El mundo entero vivía vísperas dramáticas, en medio de un nerviosismo que alcanzaba ya la histeria colectiva.

Había comenzado el éxodo en las grandes ciudades, camino de lugares aislados en el campo, en pueblos y zonas que se consideraban menos peligrosas que los grandes cascos urbanos, blanco de los disparos atómicos de unos y otros.

El reloj, inexorable, no detenía sus agujas hacia la Hora Cero del Día H.

El día en que empezaría el holocausto de la humanidad, bajo el terror atómico.

* * *

Damon Kent contempló a sus pies la superficie del océano, inmensa y azul. En el cielo salpicado de nubes, pero sin riesgo inminente de tormenta, el Olympic era como un diminuto objeto azulado, que se confundía con el color de las aguas y el cielo. Su forma ovoide daba la impresión de que correspondiese a un misterioso objeto volante, un OVN tradicional.

Pero los servicios de la Marina norteamericana y los observadores costeros, sabían ya de la existencia del pequeño navío anfibio y aéreo, cuya señal en el radar era atentamente controlada por los destructores y torpederos desplazados por la *Navy* a la zona del presumo desastre.

Las órdenes estrictas eran de dejar total iniciativa al Olyrmpic en todo momento, pero con apoyo logistico.de todo tipo llegado el caso que fuese necesario.

Damon Kent, con una indumentaria adecuada, mitad espacial, mitad submarinista, provisto de un casco o escafandra similar al casco de los pilotos de Fórmula 1, aunque mucho más ligera, recorría con ojos escudriñadores el mar, e busca de indicios de la posible existencia de los restos de u accidente aéreo. Pero, por el momento, ningún signo exterior acusaba tal posibilidad.

En la pantalla de radar de su tablero de mando sólo detectaba la presencia de aviones y buques de guerra norteamericanos, así como la más lejana de navíos sin identificar, posiblemente de nacionalidad soviética.

Sólo de tarde en tarde, alguna embarcación pesquera es avistada, de regreso precipitado a su puerto de origen, tras las noticias recibidas de la proximidad de una guerra abierta entre los grandes colosos mundiales.

Se estaba aproximando a la zona del Mar de los Sargazos

El misterioso mar que, habitualmente, se hallaba situad en el centro mismo del triángulo hipotético formado por 1 zona del Atlántico Norte, donde más naves aéreas y marítimas habían desaparecido a lo largo de varios siglos, tenía 1a particularidad de

desplazarse lentamente en dirección determinada, a causa de las corrientes marinas y de la densidad pastosa de su superficie de algas y desperdicios, mezclado con residuos* de naufragios, moluscos y suciedades arrastra das por mil diversos fenómenos marinos. Sin embargo, es desplazamiento era tan lento, que se podía localizar a la perfección dicho mar, buscando un área comprendida entre las propias Islas .Bermudas y las Indias Occidentales, ligeramente al norte de! Trópico de Cáncer.

Justamente en esa zona había sido detectado por última vez el avión presidencial, antes de su enigmática desaparición. Damon Kent quería inicialmente investigar ese punto-clave de su búsqueda. Aunque alimentaba escasas esperanzas acerca de un resultado positivo, ya que aquel lugar había sido peinado minuciosamente por toda clase de embarcaciones y de expertos en búsqueda marina.

Pero era preciso intentarlo una vez más con la ayuda de su singular vehículo, mucho más fácil de maniobrar que cualquier avión, navío de superficie o submarino.

Kent consultó sus cartas de navegación e hizo un cálculo que le resolvió la pequeña computadora del tablero de mandos. Obtenidas las coordenadas de ruta, supo que estaba alcanzando los límites del Mar de los Sargazos.

Miró abajo, fascinado.

La imagen lejana era confusa todavía. Todo lo que abarcaba el horizonte desde su altura actual, era de un extraño color amarillento moteado, como si un gigantesco monstruo marino durmiera plácidamente en la superficie.

Una masa monstruosa de densas algas, formaba aquel mar sólido, inquietante y espeso, sobre cuya superficie se hacinaban moluscos, vegetales marinos, restos de naufragios, maderos y metales cubiertos totalmente de óxido y de musgo, mezclándose con la ondulación verdosa y lívida de las enormes y espesas algas allí acumuladas durante siglos.de sedimentación.

Aquél era el Mar de los Sargazos. Casi una leyenda hecha realidad, un mundo de misterios y de fábulas marinas, muchas de las cuales quizá eran mucho más ciertas de lo que la gente imaginaba.

Sorprendido, Damon Kent observó la presencia de dos embarcaciones, una bordeando los límites del mar de algas, y la

otra virtualmente metida en aquella densidad viscosa que no parecía navegable, pero entre cuyas algas se movía, pesadamente, a cosa de unas seis o siete millas marinas, una rara embarcación de feo aspecto y sin estética alguna.

Solicitó informes de la Marina sobre aquellas dos ernbarcaciones, una de las cuales, la más próxima, tenía un blanco color deslumbrante al ser herida por el sol, y tenía todas las trazas de ser una embarcación de recreo.

Desde el mando de la Marina, le llegó un informe por radio, a los pocos momentos de haber solicitado los datos.

—Embarcación situada bordeando el Mar de los Sargazo; por su límite sudoeste, yate matriculado en los Estados Unidos, en viaje profesional por el Atlántico. Su propietario Irwin Goldberg, productor cinematográfico y conocido magnate de las finanzas. Permiso de navegación concedido con motivo de rodaje de una película. Se niegan a volver a puerto hasta haber terminado el rodaje de exteriores de su película en los Sargazos.

Tras una pausa se le informó de nuevo:

—Nave detectada navegando por el interior de los Sargazos, buque oceanográfico en misión científica. Propietario, e oceanógrafo profesor Steve Arlen, director del Instituto de Estudios Oceanográficos de Miami, Florida.

Damon Kent frunció el ceño. Sospechaba de todo el mundo. No se fiaba de un millonario empeñado en rodar uní película en vísperas de una conflagración mundial, ni de un oceanógrafo para quien las profundidades fuesen más importantes que su propia destrucción en el plazo de pocas horas. La orden escueta de muchos países ribereños del Atlanticc había sido la de retirarse todos los buques que .navegaban por alta mar, rumbo al puerto más cercano. Al parecer, no todos obedecían esa orden puramente previsora para proteger vidas humanas.

Descendió lentamente sobre las aguas, sobrevolando a alguna distancia el yate blanco de los cineastas. Con su sistema visual a larga distancia, acoplado a los mandos, que gradúe debidamente, captó en la cubierta del barco la existencia de cámaras de filmación, personas que parecían ensayar una escena, y hojas metálicas para el reflejo de la luz solar en determinados encuadres.

Dejó atrás el yate, sabiendo que sus ocupantes habían mirado

curiosamente al cielo al verle pasar, intrigados por su aspecto. Se adentró por el aire sobre el Mar de los Sargazos, en dirección al buque oceanográfico, cuyo nombre descubrió en el casco del feo y negro barco: Neptuno.

No descubrió en él a persona alguna en su cubierta, pero sí captó la presencia de un cable gruesa, colgando de una polea en cubierta, sumergiéndose en las espesas y turbias aguas.

Sin duda, el oceanógrafo estaba utilizando un batiscafo para la investigación submarina, sin importarle los peligros de tal investigación en un mar como aquél.

Rápidamente, eligió un punto más allá, en que las algas se aclaraban en la superficie, y se sumergió con celeridad.

Fue una sensación extraña, como caer con un avión y hundirse fatalmente en el océano. Damon Kent observó el chasquido que produjo el fuselaje azul de su nave, al rasgar la superficie de algas, y alrededor del Olympic todo se volvió turbio, de un verdoso sucio y pastoso. Algas como monstruos gelatinosos, se adherían a los cristales de la hermética nave, como ventosas de una extraña criatura' subacuática.

El burbujeo del mar, fuera de la embarcación, fue audible en el interior de la cabina. Automáticamente, se estabilizó la presión interna y empezó a funcionar el sistema de oxigenación interior. Convertido en un minisubmarino, el Olympic descendió al fondo, a medida que se iban aclarando las aguas más y más, y ¡a suciedad y espesor turbio quedaban como una costra por encima de su cabeza.

.Le bastó avanzar una corta distancia para descubrir allá, flotando ante él, la forma esférica del batiscafo del profesor Arlen.

Unos ojos asombrados le contemplaron desde el interior del grueso vidrio del batiscafo.

Eran los ojos verdes, verdes turbios, como el mismo mar, de una mujer, encerrada solitaria en el batiscafo oceanográfico del profesor Arlen.

CAPITULO III

—Una mujer en las profundidades..,

—Así es, señor Kent. ¿Tiene algo de extraordinario? Supongo que una mujer es tan capaz como cualquier hombre de sumergirse

para investigar las profundidades marinas...

—Por supuesto, doctora Pearson —sonrió Kent—, pero fue una sorpresa para mí, Io confieso. Lo último que esperaba ver en esos momentos, era precisamente una mujer.

—Pues peor fue mí caso. Usted me dio un buen susto —rió ella de buena gana—. Estaba buscando ejemplares de la fauna marina de los Sargazos, cuando apareció su nave, como extraño pez azul metálico, que al aproximarse daba la impresión de ser un objeto de otro mundo. Soy una investigadora y no me impresiono fácilmente, pero recordando la mala fama de este mar, empecé a pensar si no sería una nave extraterrestre.

—Espero que si me tropiezo con algún submarino ruso, no piensen lo mismo que usted y me suelten un torpedo. Sólo faltaría eso, en las circunstancias actuales del mundo...

—¿Por qué se arriesga tanto?

—No hay más remedio que arriesgarse, doctora Pearson —confesó Kent—. Las cosas están mal, muy mal. No importa demasiado morir en el fondo del mar o pulverizado por una bomba atómica.

—¿Está seguro de que nuestro país llevará esto a sus últimas consecuencias? —dudó ella.

—Doctora, ya 4o está llevando. Faltan poco más de treinta horas para que todo estalle irremisiblemente.

—Dios mío... —ella se incorporó, paseando nerviosamente por el camarote, como si tratara de asimilar aquella noticia, para darse cuenta de que no era una simple fantasía.

Se hallaban a bordo del Neptuno, el buque oceanográfico del profesor Arlen. Ella, la doctora Ana Pearson, había subido del batiscafo, junto con Damon Kent, que dejó flotando su embarcación junto al Neptuno, para aceptar la hospitalidad a bordo del oceanógrafo y su auxiliar principal —y única en aquella expedición—, la doctora Pearson, del Instituto de Investigaciones Marítimas de Marineland, Florida.

Sorprendentemente, la doctora Pearson había resultado ser una mujer joven y sumamente atractiva que, aparte sus verdes y hermosos ojos, poseía un rostro agraciado, de carnosos labios rojos y breve nariz, cabellos rojizos y una espléndida figura donde realzaba cada suave curva de su muy femenino atractivo.

El profesor Arlen regresó ahora de la cocina de su barco, trayendo un plato humeante de sabroso pescado y una botella de vino. Era un hombre fornido, con suéter de cuello alto y gorro de lana roja, cabellos canosos y lentes de montura metálica sobre su aguileña nariz. Parecía cordial y sociable, y le había invitado a probar su guiso de pescados frescos, recién extraídos del mar.

—Bien, ahora va a saborear esto, señor Kent —manifestó con orgullo—, y estoy seguro que nunca habrá probado nada semejante, ni siquiera en San Francisco.

—Es muy amable, profesor Arlen, pero apenas si tengo tiempo que perder en nada…

—Vamos, vamos, tiene que alimentarse con algo más sólido y apetitoso que sus cápsulas de alimentos concentrados .y todo eso —rió él de buena gana—. Si hemos de irnos todos al diablo dentro de poco más de un día, que sea cuando menos con un buen sabor de boca. De todos modos, no tardará más de media hora en terminar eso y poder reanudar su viaje.

—Tal vez tenga razón —suspiró Kent, viendo en el píate de barro esmaltado a fuego el aspecto-envidiable de aquello; manjares marinos—. De paso, podremos hablar de lo que me hizo aceptar su invitación a bordo, profesor.

Arlen sirvió en silencio a la doctora y a él, en el pequeño camarote que hacía las veces de comedor, y medió los vaso; de vino. Luego, se quedó pensativo, tras tomar un sorbo.

—Sí, entiendo —asintió, ceñudo, con sus ojos grises perdidos en el vacío—. Usted busca indicios del paradero de nuestro presidente…

—Eso es.

—Si pudiera ayudarle en eso…

—Pero no puede.

—No, por desgracia, no —negó lentamente el oceanógrafo—. No he visto el menor rastro de ese avión.

—¿Ni siquiera manchas de aceite, algún cuerpo sumergido, algún fragmento del aparato?

—Nada, en absoluto —negó de nuevo con energía—. Desde que supe la noticia, he repartido mis investigaciones con una búsqueda minuciosa de algún resto en las profundidades. La doctora Pearson lo sabe bien, porque me ayudó en esa tarea.

—Es cierto —corroboró ella—. De un desastre así, siempre quedan huellas en el mar, sobre todo a cierta profundidad, como es lógico. Resulta extraño que no hayamos encontrado nada, absolutamente nada.

—De modo que es como si el mar se lo hubiera tragado sin dejar rastro de él, de sus compañeros de tripulación y del propio avión.

—Exacto. Es la conclusión a que podría llegarse. Claro que el mar es muy grande, y esta zona de ¡os Sargazos no está demasiado explorada. Hay puntos-en que la capa de algas y residuos arrastrados por las corrientes, alcanzan un espesor impenetrable. Bajo uno de esos puntos, podría yacer en estos momentos el avión y sus ocupantes. De hecho, es lo lógico que así sea. No vamos a admitir como explicación que fue obra de extraterrestres, como afirman los escritores sensacionalistas.

—No, por supuesto... —Kent reflexionó, antes de formular otra pregunta—: En cuanto a detalles sospechosos de alguna otra embarcación, supongo que no habrán observado nada especialmente raro...

—No, nada, creo yo.

-—Espere un momento, profesor —terció la doctora Pearson con viveza—. ¿No recuerda al navegante solitario?

—¿El navegante solitario? —se interesó vivamente Damon, volviendo sus ojos hacia la joven doctora—. ¿A quién se refieren?

—La doctora tiene razón —afirmó el profesor, repentinamente serio—. Ya casi lo había olvidado. Quizá no tenga importancia el detalle, pero nos cruzamos con un navegante solitario. Conducía un velero con matrícula panameña, pero él no era panameño. Le abordamos, por si necesitaba algo, y nos rechazó malhumorado. No parecía muy normal, la verdad,

.—¿Dijo su nombre?

—Sí. Alex van Dyke. Así dijo llamarse. Tenía un acento raro al hablar inglés. Como si fuese belga o bien holandés.

—E! nombre parece confirmarlo —afirmó Damon lentamente—. Pero ignoraba que hubiese ahora en esta zona algún navegante solitario, profesor. Y eso que tengo los datos de casi todas las embarcaciones que surcan ahora el Atlántico Norte bajo control internacional. Sólo ustedes eran mi excepción. Ah, y también el yate de los del cine...

—¿El alcotán? —Arlen se echó a reír, afirmando—: Les he visto en dos ocasiones. Parece ser que esa película suya va a rodarse íntegra en el yate. A! menos llevan dos meses por estos mares, señor Kent.

—¿Dos meses de rodaje? —Damon arrugó e! ceño— Creo que voy a hacerles una visita.

—Sí, de paso puede coleccionar autógrafos —sonrió la doctora Pearson—. He visto a bordo a dos famosos actores de la pantalla. La «estrella» Samantha Kelly, y el galán Monty Wayne, nada menos.

—Vaya, de modo que no son precisamente aficionados… —comentó Kent, sorprendido.

—Cierto que no —confirmó el profesor Arlen—. Son mu\ amables y hospitalarios. Ya sabe, gente de cine. Una fauna extraña, según muchos.

—Profesor, y hablando de ustedes... ¿no piensan volver c tierra firme antes del posible desastre?

—No —negó lentamente el profesor—. Lo hemos decidí do. Igual nos da morir lentamente, bajo una nube radiactiva en tierra firme, que aquí en alta mar, engullidos por el océano. No tememos a las aguas porque nos hemos criado en ellas. La doctora Pearson y yo estuvimos de acuerdo, apena: supimos lo del ultimátum, en aguardar aquí lo que tenga que suceder.

—Les entiendo —suspiró Damon afirmando con la cabeza, ensombrecida su mirada—. Este es un mundo de locos Si vamos a destruirlo entre todos, ¿qué más da donde no: pille esa destrucción? Les deseo, si por desgracia llega ese momento, que el mar sea piadoso con ustedes.

—El mar siempre Io es —asintió Arlen con dulzura—. Un viejo amigo que nunca le traiciona a uno, señor Kent

—¿No tienen ustedes familia? —indagó Kent, apurando el almuerzo.

—Yo tenía una esposa y tres hijos. Un incendio en I; residencia donde me aguardaban en uno de mis viajes, terminó con ellos. Me quedé solo. La doctora Pearson estaba casada, sin hijos. Su marido se mató en un accidente automovilístico. ¿Comprende ahora por qué preferimos ambos e mar, y por qué no nos, importa demasiado lo que la vida no reserve?

—Sí —Damon se levantó lentamente, con expresión

ensombrecida—. De veras lo siento. Pero les comprendo mu; bien. Suerte, profesor. Adiós, doctora. Este pescado es e mejor que comí jamás. Y el mejor cocinado.

—Gracias, señor Kent —le estrecharon la mano los dos cordialmente—. Si hay ocasión, vuelva por aquí. Si no... que todo resulte lo mejor posible.

Damon Kent regresó a su pequeña nave. Esta se alejó, flotando a reducida velocidad entre masas de algas y moluscos de-tonalidades verdes y amarillentas, por el mar en calma, silencioso y terrible, que formaban los sargazos reunidos allí por las corrientes marinas.

Cuando volvió la vista atrás, el profesor y su ayudante, !a doctora Pearson, le despedían en la borda, agitando sus brazos. Se preguntó si volvería a verlos alguna vez. Sí existiríais siquiera cuando hubieran pasado las horas de plazo que le quedaba al mundo para vivir en paz.

Se sumergió lentamente, al alcanzar un claro de! mar de algas, pero con muy escasas y remotas esperanzas de éxito. Si un oceanógrafo, perfecto conocedor del fondo marino, no había hallado ni el menor rastro de! avión desaparecido, ¿qué podría hacer él en aquel mundo sumergido que desconocía?

Recordó algo, y llamó al servicio de información naval del Atlántico Norte, pidiendo datos sobre un velero panameño con un navegante solitario a bordo, llamado Alex van Dyke.

La respuesta no se hizo esperar, y le produjo un escalofrío de asombro y de horror:

—El velero panameño Antillano partió de Colón, Panamá, en enero del año 1984, para emprender una ruta en solitario, con Alex van Dyke, de Rotterdam, como único tripulante. Su misión oficial era encontrar la ruta del Buque Fantasma del Holandés Errante. El estado mental de Van Dyke inspiraba serias dudas, y el hecho pareció confirmarse cuando, un año más tarde, se dio por desaparecida su embarcación y al propio Alex van Dyke con ella. Desde entonces, no se ha vuelto a saber nada de una ni de otro, suponiéndose que halló la muerte en alguna tormenta o al naufragar en el Atlántico Norte.

Ocho años desaparecido... Y ahora, de repente, el profesor Arlen y la doctora Pearson veían al navegante solitario que había ido en busca del Holandés Errante, su mítico compatriota.

—No es posible —murmuró Damon, impresionado—. Ese hombre no podría sobrevivir durante ocho años en alta mar, aislado de todos... Pero el profesor no pudo engañarme, ni tampoco la doctora...

Se decía que aquel holandés estaba poco equilibrado. Arlen habló de un hombre irritable y poco amistoso... Nadie había detectado la presencia del navegante solitario ni de su embarcación en aquellas zonas... ¿Qué misterio encerraba ese suceso aparentemente trivial?

Pero Damon se dijo que no podía perder el tiempo en investigar cosas que no le importaban. Era preciso seguir con su tarea: buscar al presidente desaparecido. Tratar de hallar, cuando menos, su avión. Y saber así qué pudo sucederle...

Una misión que cada vez veía más imposible y difícil. Y el tiempo, entre tanto, transcurría inexorable...

* * *

Boris Kowalsky escudriñó la pantalla de radar de su minisubmarino de tres plazas, ocupado por él y dos ayudantes, Igor y Sacha. Navegaban a considerable profundidad, por unas aguas de un verde fantástico, alumbradas por el proyector de proa de la pequeña embarcación sumergible.

Hasta el momento, no habían encontrado nada, absolutamente nada que les permitiera alimentar esperanzas de detener la espada de Damocles suspendida sobre la cabeza de la humanidad, y pendiente sólo de un frágil hilo nuclear que, al romperse, podría destruir todo irremisiblemente.

Ahora, de pronto, un puntúo luminoso intermitente iba .señalándose en la esfera graduada de su detector. El batir metálico y monocorde del sonar, era como una obsesión que les acompañaba en su silencioso periplo submarino como un ritmo irritante, como una señal acústica en el mutismo de las profundidades.

—Atención —avisó a Igor, el piloto—. Objeto detectado a babor. Distancia, unas dos millas.

—Detectado —corroboró Igor por el comunicador interior de la pequeña nave exploradora, desprovista de todo ingenio bélico—. Se aproxima a la velocidad de ocho nudos por hora.

—Eludan cualquier choque abierto —advirtió Kowalsky—. Traten de localizarlo y si nos encontramos o él nos detecta, establezcan comunicación amistosa inmediata.

—¿Aunque sea norteamericano? —preguntó Igor.

—Con más motivo si es norteamericano. No quiero que nos lancen una carga de profundidad o un torpedo nuclear. La guerra está lo bastante cerca ya, para que nosotros demos el pretexto que la desencadene antes de tiempo.

—Conforme, señor.

Siguieron navegando a prudencial velocidad, hasta que, por fin, un destello azul luminoso.se detectó allá delante, entre las rugosidades marinas y las algas del fondo. Su reflector había reverberado en una forma azul metálica.

Desde la otra nave, hicieron señales luminosas en Morse. Kowalsky las tradujo:

«Identifíquense. Nave de investigación sin objetivos agresivos. Nacionalidad norteamericana. Espero respuesta.»

—Trate de comunicar por radio, Igor —ordenó Kowalsky, enjugándose el sudor del rostro—. Yo responderé también en Morse, mientras tanto. Pídale su frecuencia de onda y dele la nuestra para comunicaciones no secretas.

Empezó a hacer destellar su luz, pero renunció en seguida. Por la radio, llegó la voz del otro vehículo submarino:

—Aquí nave norteamericana Olympic, buscando avión desaparecido. Informe datos suyos.

—Responde submarino soviético de búsqueda URSS VG- 208. Buscando también posible paradero restos avión perdido. Desprovisto de armas agresivas, sólo pretende, evitar, conflicto mundial.

—Contesta Olympic. En iguales condiciones, no pretendo

sino obtener alguna evidencia que impida la guerra. Ruego intercambio informes para bien de todos.

—Informes negativos por el momento. Ni rastro del avión perdido, cuyos distintivos, matrícula y modelo constan en nuestro poder. Tampoco restos de tripulantes.

—Igual informe negativo. Barcos navegando en zona delimitada como escenario posible tragedia, nada vieron ni oyeron. Otros barcos en zona, yate con equipo de rodaje cinematográfico, y barco

oceanográfico de Miami. También detectado posible navegante solitario holandés, desaparecido con su embarcación ocho años atrás.

Kowalsky pegó un respingo, en su asiento, y se inclinó sobre la radio, hablando agitado:

—¿Perdido ocho años atrás?

—Exacto. Espero nuevos informes. Evidencia de su presencia, digna de todo crédito. No puedo localizarle, por si su testimonio fuese de interés. Tripulante parece poco equilibrado psíquicamente.

—Investigaremos ese punto si da tiempo. En estos momentos, según nuestro reloj electrónico, sólo veintisiete horas para el final del plazo señalado.

—Conforme. Veintisiete horas y dos minutos por mi reloj. Informe urgente de Washington niega posibilidad aplazamiento.

—Entendido. Suerte, Olympic.

—¡Suerte, VG-208! —fue la respuesta de Damon Kent.

La nave submarina rusa y la norteamericana se alejaron una de otra. Kowalsky contempló sorprendido el óvalo azul que se alejaba suavemente en las profundidades.

—Extraña embarcación —comentó—¿Será cierto que es totalmente inofensiva? Tiene todo el aspecto de un OVNI...

El silencio volvió a reinar a bordo. El metálico golpeteo del sonar era el único ruido en aquel mundo sin sonidos. La búsqueda continuaba desesperadamente.

Unos agentes soviéticos y otro norteamericano luchaban desesperadamente, en sorda batalla contra el tiempo, para evitar el fantasma del caos nuclear.

Pero ninguno estaba seguro de conseguirlo.

La meta parecía tan lejana como inalcanzable. El Mar de los Sargazos guardaba celosamente su secreto. Un secreto que significaba la vida o la muerte para el planeta Tierra y sus habitantes.

De repente, Kowalsky lanzó una sorda imprecación al ver surgir algo ante sus ojos aturdidos.

Allá, en el fondo marino, repentinamente, se formó una masa sólida y concreta, detrás de una densa nube dé arena marina, fina y dorada, removida por las hélices del minisubmarino soviético.

— ¡Miren eso, Igor! —gritó, señalando la pantalla de radar—.

¿Qué detectan los aparatos?

—Campo magnético a estribor, señor —habló Igor alteradamente—, Un magnetismo muy poderoso, absorbente. Los mecanismos de-a bordo parecen volverse locos. Nada funciona bien ahora...

Era cierto. Brújulas, detectores, radar y sistemas de control se movían alocadamente, sin sentido ni lógica. Kowalsky, aún alarmado por ello, no pudo evitar que e! terror le asaltara por otras razones distintas.

Aquella forma situada frente a ellos, en las profundidades, se estaba moviendo. Avanzaba hacia ellos lentamente, como una sombría y pesada amenaza.

—¡Cielos! —aulló el agente ruso, despavorido—. ¡Es un monstruo! ¡Un monstruo marino!

La sombra enorme se cernía ya sobre el submarino de bolsillo de matrícula soviética. Era como si un increíble monstruo de las profundidades fuese a aplastar bajo su peso demoledor la metálica nave oscura.

Y así fue. ,

Hubo como un tremendo crujido a bordo, el submarino se desgarró, en medio de un hervor violento de burbujas, y Kowalsky, agente del Kremlin, supo que la embarcación submarina se había desgajado como si fuese de papel, lanzándolas *a sus tres ocupantes a una muerte cierta y espantosa, en* el lecho mismo del tenebroso Mar de los Sargazos.

CAPITULO IV

—¿Qué mil diablos es eso? —masculló Damon Kent, cuando por la banda de radio conectada a la frecuencia de emisión del submarino soviético, le llegó una especie de alarido ronco, luego un estertor, y finalmente un zumbido persistente, que ya no se alteró lo más mínimo. Intentó una y otra vez establecer conexión, pero fue en vano. La emisora permanecía muda, salpicada de interferencias incoherentes.

—Algo les ha ocurrido... —jadeó, preocupado—. ¿Qué pudo ser ello?

Rectificó el rumbo, dando marcha atrás con rapidez. Aparte una

natural confraternidad humana en momentos de peligro, podía ser importante saber lo sucedido a los soviéticos poco antes. Aquel mar encerraba muchos enigmas en su lecho, y uno solo de ellos podía darle la clave de lo ocurrido .al avión del presidente.

Recorrió la zona sin poder detectar la presencia del submarino ruso en parte alguna. Finalmente, redujo la marcha de su nave. Los ojos del joven agente norteamericano se fijaron en aquellas oscuras manchas de grasa que subían hacia la superficie, formando extrañas esferas negras y brillantes, en medio del verde luminoso del agua.

Su proyector, enfocado al lecho arenoso, reveló en éste una agitación de pececillos asustados, charcos de grasa que se dispersaban formando burbujas oscuras hacia la superficie… y fragmentos de metal negro, retorcido, que sólo podían pertenecer a una nave: la URSS VG-208.

Miró en derredor, sombrío, mientras situaba en posición de tiro su cañón de proyectiles defensivos, en previsión de cualquier anomalía peligrosa.

Sin embargo, el lugar parecía solitario, tranquilo y silencioso como el resto de las profundidades hasta ahora recorridas.

—No puedo entenderlo… —jadeó Kent—. ¿Qué pudo destruir a ese submarino tan de repente?

Buscó en vano la presencia de restos humanos. Tal vez habían sobrevivido los tripulantes, o quizá se hallaban sus cuerpos flotando en la superficie marítima.

Decidió emerger. Tomada esa resolución, hizo accionar el sistema de a bordo para emerger. En pocos instantes, el Olympic surgía rodeado de algas marinas y de moluscos, a una zona del mar donde los sargazos no abundaban tanto como en otros puntos del misterioso paraje.

Lanzó una sorda imprecación cuando un proyectil se estrelló junto a él, sacudiendo violentamente al Olympic, y proyectando un chorro de agua hacia los aires, con gran virulencia.

Inmediatamente después, otro proyectil estalló junto al casco azul del vehículo anfibio y aéreo de Kent, agitando la embarcación y envolviéndola en un alud de agua espumeante.

Para sorpresa suya, el navío agresor era un simple barco pequeño, de escaso tonelaje, anclado justamente a unas cien yardas de donde él se encontraba.

El cañón situado en su cubierta volvió a llamear. Antes de que el proyectil pudiese llegar hasta él, Damon Kent maniobró con celeridad, y para sorpresa de los tripulantes de aquel extraño pesquero agresor, el Olympic despegó de las aguas como un ave marina, enfilando al cielo azul igual que un proyectil vertiginoso.

Justamente donde poco antes estuviera el Olympic, las aguas rugieron de nuevo, elevándose en forma de violento surtidor, mientras el estampido del cañonazo retumbaba a sus pies sordamente.

—Y ahora, amiguitos, veamos por qué unos simples pescadores os mostráis tan violentos... —dijo con energía Damon Kent, precipitándose hacia el barco como una centella, con su cañón a punto.

Apretó el pulsador de tiro, y lanzó una andanada de respuesta sobre el pesquero de viejo y oxidado casco.

La granada estalló en el agua, junto al casco mismo, haciendo caer un alud de agua sobre el arma y su artillero.

Era una simple advertencia. De haberlo deseado, Kent hubiese pulverizado el cañón, junto con su tirador. Pero quería evitar violencias y muertes, en tanto ello fuese posible.

Luego, planeando sobre el barco, ante el terror del hombre del cañón, que soltó éste, despavorido, corriendo a ocultarse del navío, Damon Kent dejó caer sobre la cubierta una bomba de humo que, al estallar, liberó una densa e irritante humareda negra. Esta, con rapidez se extendió sobre toda la cubierta, filtrándose con celeridad al interior del barco.

Detuvo su vehículo en cubierta, desconectó la llave electrónica de control, que impediría el posible robo de la nave por otras personas, y saltó a cubierta esgrimiendo un arma de fuego, dispuesto a conocer el misterio que encerraba el agresivo pesquero.

* * *

—No, no dispare, por favor... Nos rendimos, nos rendimos...

Los dos hombres salieron a cubierta, brazos en alto, tosiendo y llorando por el efecto del gas irritante lanzado por Damon. Este les encañonó sin contemplaciones, mirándoles ceñudo.

—Sitúense ahí —señaló un lado de la cubierta, lejos del cañón

—. Y no intenten nada o les acribillo sin compasión, ¿está eso claro?

—Sí, sí, muy claro —asintió con expresión angustiada uno de los dos hombres de tez curtida, cabellos canosos y ropas vulgares, de pescador, alineándose junto a su compañero, que lucía gorra azul marino, con un ancla como distintivo—. Pero no dispare, señor. Sólo queríamos defendernos...

—Defenderse, ¿de qué? —gruñó Kent malhumorado—. Ni siquiera habían sido atacados...

—Pero... pero nos iba a atacar ¿no es cierto? Me refiero a,., a su platillo volante —gimió el hombre de la gorra azul, bajo las cuales emergían unas frondosas patillas blancas.

—¿Platillo volante? —Kent enarcó las cejas—. No es ningún platillo volante, amigos. Sólo una nave especial del Gobierno de los Estados Unidos, ¿está claro?

—¿Los Estados Unidos? —repitió el pescador con asombro—. ¿Pero no... no pertenece a otro planeta, señor?

—¿Tengo yo aspecto de marciano? —se irritó Damon Kent, mirándoles a uno y otro alternativamente.

—No, pero... Bueno, nadie sabe cómo es el tripulante de uno de esos platillos, señor...

—¿Qué platillos? Ustedes leen muchas tonterías...

—No son tonterías, señor. Los platillos existen. Los hemos visto muchas veces en estos mares. Siempre se sumergen en el mar, tras pasar sobre nuestras cabezas...

—¿De veras?- —dudó Damon, mirando a aquellos hombres con la duda de si serían unos falsarios—. ¿Ustedes ven esos platillos volantes a menudo?

—Sí, muchas veces —confirmó el hombre de la gorra azul con gesto asustado.

—Ya. ¿Y por eso llevan un cañón a bordo de un pesquero?

—No, no es por eso. Nunca nos atrevimos a atacar a un platillo volante. Bueno, hasta hoy, cuando pensamos que su nave era uno de ellos... Lo cierto es que tampoco lo vimos nunca tan cerca... Carlos se asustó y disparó el cañón...

—¿Carlos? ¿Cuáles son sus nombres y de dónde proceden ustedes?

—Yo soy el capitán de este barco pesquero, Ramaiho Douro, y

él es mi ayudante, Carlos Acosta. Procedemos de Cabo Verde y pescamos en estos mares desde hace años…

—Bien, capitán Douro. Dígame entonces por qué llevan ese cañón. Para pescar a cañonazos no será, ¿verdad? No creo que esté autorizado, ni siquiera en los Sargazos, amigos míos.

—No, claro que no, señor. Ni mucho menos… —suspiró amargamente el otro pescador—. Lo que ocurre es que tuvimos que montarlo a bordo, para cuando pudiese aparecer el monstruo…

—¿Aparecer… el qué? —masculló con asombro Damon Kent.

—El monstruo, señor —corroboró el capitán Douro—. El monstruo que destruye y devora a las embarcaciones y los seres humanos…

Kent parpadeó, estupefacto, sin dar crédito a lo que oía. Aquellos hombres hablaban de un monstruo marino, como si en vez de los límites mismos del siglo XX y umbrales del XXI, estuviesen ahora en tiempos de los grandes veleros y los mares desconocidos adonde nunca habían llegado los navegantes.

—No hablará en serio, ¿verdad?

—¿Ah, no? —el otro señaló al mar—. ¿Qué cree, entonces, que pudo producir *eso*?

Damon miró en esa dirección, aturdido. Contempló las manchas de oscuro aceite en la superficie, los objetos que se veían flotar, mezclados entre los sargazos, quizá para terminar de unirse a ellos y solidificarse con todos los residuos que formaban aquel espeso mar en movimiento, donde tantas cosas carecían de auténtica explicación.

Eran los restos del submarino de bolsillo soviético, sin duda alguna. Sin soltar su arma, asomó a la borda, contemplando aquellas huellas de desastre. No descubrió señal alguna de restos humanos flotando entre los residuos del sumergible ruso.

—¿Por qué suponen que algo así lo haría un monstruo y no un navío de guerra, ya fuese con cargas de profundidad o con un submarino o un torpedo?

—Porque siempre sucede igual. Se percibe un rugido bajo ¡as aguas, éstas se convulsionan… Es el monstruo que despierta. Y luego, siempre ocurre algo. Un buque destruido, huellas de algún naufragio…

—¿Y víctimas humanas?

—Nunca —sostuvo el capitán Douro—. Los humanos son devorados. Nunca desaparecen, señor. Se quedan abajo, en las fauces de la fiera terrible...

Kent reflexionó unos momentos. Luego, caminó hacia ellos. Su gesto era de total escepticismo. Pero también de interés.

—¿Alguna vez vieron ustedes al monstruo? —indagó.

—Cielos, no, rechazó horrorizado el pescador Acosta, persignándose.

—Nunca, señor —corroboró Douro—. El que lo ve, no vive para contarlo.

—¿Cómo saben, entonces, que es un monstruo?

—Porque lo es. Está su rugido...

—Podría ser el ruido de un motor determinado, de algún ingenio humano, en suma.

—No, imposible. Ningún motor produciría ese ruido, ese mar de burbujas, esa sombra que se adivina entre las aguas, a punto de emerger, pero sin llegar a salir a la superficie.

—¿Ustedes afirman haber visto emerger a medias esa forma que se les antoja de un monstruo? —dudó Damon.

—Eso, sí. Luego se capta como un manoteo bajo las aguas, el forcejeo de algo o alguien contra la embarcación sumergida. Y, finalmente, llega el desastre.

—¿Eso es todo cuanto han visto en ocasiones?

—Sí, eso exactamente.

—¿También hoy, hace apenas unos minutos?

—También, señor. Ya ve las huellas del naufragio. Seguro que había ahí un submarino...

—Lo había, sí. Un submarino soviético. No queda nada de él.

—Dios mío... —ahora era Douro quien se persignaba—, ¿Lo ve, lo ve, señor?

—No, no veo nada —rechazó vivamente Kent—. Sólo sé que hubo un desastre allí abajo, pero sin conocer su exacta naturaleza,

—Me refiero a lo que ha ocasionado ese monstruo horrible que reside en el fondo de las aguas, señor...

—Para mí, tal monstruo no existe —objetó secamente Damon Kent—. No puedo creer en leyendas de tiempos remotos, señores. Recuerden a Julio Verne. Lo que los personajes de su novela creían que era un ser marico de proporciones gigantescas, no era sino un

extraño navío submarino de los que no existían en su época. ¿Quién sabe lo que puede ser esa cosa o-ingenio mecánico que pulverizó la nave soviética? Al menos, yo no puedo asegurarlo, aunque ha de ser algo de una naturaleza muy especial.

— ¡Y tan especial! —clamó aterrorizado el segundo pescador del barco de Cabo Verde—. ¿Le parece poco que sea un espantoso ser de las profundidades?

—Dejemos eso ahora —Kent les miró fijamente—. Desearía saber si ustedes han visto algo aparte de ese supuesto monstruo marino.

—¿Visto algo? ¿En qué sentido? —se extrañó Ramalho Douro.

—En otro ajeno a ese reciente desastre u otros parecidos. Estamos buscando la pista de un avión desaparecido. Tienen que haber oído hablar de él en alguna forma durante las últimas horas, caballeros.

—¿Se refiere al avión del presidente de los Estados Unidos? Ciertamente que hemos oído noticias por la radio, pero eso ha sido todo.

—¿No han visto nada anormal en el cielo o en el mar, relacionado en ese suceso?

—Absolutamente nada, señor —negó con expresivos gestos el capitán' Douro.

—Piénsenlo bien, se lo ruego. Puede ser muy importante captar en alguna ocasión, por raro que ello sea o por insignificante que les haya podido parecer.

—Insisto en que no he visto nada, señor —habló el otro marinero con énfasis.

Kent hizo un gesto de desaliento. Resultaba irritante el silencio de todo el mundo en relación con aquel acontecimiento que volvía loco al mundo entero. ¿Cómo era posible que nadie hubiese visto nada en toda la extensión del océano Atlántico, cuando sobre sus aguas había desaparecido el avión súbita e inexplicablemente?

Gente que aseguraba ver monstruos marinos, no dudaban en rechazar la posibilidad de haber sido testigos de algo excepcional, en relación con la pérdida del avión donde viajaba el presidente de los Estados Unidos en su último viaje sobre el Atlántico, rumbo a lo desconocido.

Damon Kent no sabía por dónde continuar su interrogatorio. Era

como estrellarse contra un muro de inexplicable silencio. Como ir a parar a un callejón sin salida, perdido en el flotante enigma de los Sargazos.

—Está bien —resopló al final con desaliento—. De modo que no vieron en los últimos días avión alguno.

—Bueno, claro que hemos visto aviones, señor —protestó el capitán Douro—. Aviones americanos recorriendo el cielo de un lado para otro. Imagino que buscando el rastro de ese otro avión tan importante que usted citó.

—No me refería a esos, naturalmente. Sólo me interesa el avión perdido. Como interesa a todo el mundo.

—Pues no, señor. Lo sentimos. De ese avión no sabemos nada. Ojalá fuera así, después de cuanto ha dicho la radio sobre la posibilidad de un desastre a escala mundial. Pero no vimos nada. Absolutamente nada, tiene nuestra palabra.

Parecía definitivo. Damon no insistió. En realidad no valía la pena. Recorrió el barco en su cubierta, preguntándose, realmente qué habría de cierto y qué de fantasía en el relato de la presencia de un monstruo en aquellos parajes. No podía admitirlo de modo alguno, pero sin duda existía un enigma, pese a todo. El submarino ruso no podía haberse evaporado solo, dejando sus residuos metálicos y sus manchas de grasa en el mar.

Pero ¿qué le habla ocurrido? ¿Qué era lo que determinó con él tan misteriosamente?

Esa pregunta, por el momento, no tenía respuesta alguna.

* * *

Irving Golberd, multimillonario y productor cinematográfico, giró la cabeza con sobresalto cuando sonó la voz aguda de Stan Kauffman, su director, avisándole sorprendido:

—¡Mire, señor Golberd! ¿Qué es eso?

El magnate contempló las aguas junto al yate *Alcotán,* donde se hallaban todos reunidos en pleno rodaje. Lanzó una interjección que sobresaltó a todos:

—¡Por todos los diablos! Eso parece un platillo volante o algo parecido... ¿De dónde ha salido exactamente?

—Eso me gustaría saber —manifestó roncamente Kauffman,

precipitándose a la borda para contemplar aquella forma oval que emergía, azul y metálica, de las aguas cubiertas de algas y moluscos —. Tiene todo el aire de ser una nave espacial, ciertamente...

—El Olympic se quedó flotando junto al yate, mansamente, como si nada ni nadie se hallara a su lado. Los ocupantes del yate, inclinados sobre la borda, miraban estupefactos a la nave azul.

—Recordad lo que está sucediendo —dijo Monty Wayne, el actor, dejando de estudiar su guión para asomarse también y contemplar el objeto flotante—. Puede que sea una nave rusa esperando el momento de la declaración oficia! de guerra, para aniquilarnos a nosotros. Después de todo somos norteamericanos, y este yate es norteamericano, ¿no es bien cierto?

—No seas agorero, Monty —se irritó Samantha Kelly, mirándole malhumorada—. ¿Para qué querría nadie hundirnos a nosotros por mucha guerra que haya?

—Samantha tiene razón —corroboró apaciblemente Golberd—. Nadie va a asustarnos para que huyamos de aquí, interrumpiendo el rodaje.

Ahora una escotilla se abría en el misterioso navío ovoide. Y un ser totalmente humano emergía de su interior, contemplándoles con una sonrisa, al tiempo que agitaba jovialmente el brazo.

— ¡Buenas tardes los del yate! —saludó—. No soy un marciano, amigos, sino un simple ciudadano americano. Io mismo que todos ustedes. ¿Puedo subir a bordo?

—Identifíquese primero —pidió el millonario con cierta aspereza—. No nos gustaría ser víctimas de un pirata de los mares en versión moderna, amigo mío.

—Tiene toda la razón del mundo —admitió Kent sonriente—. Mi nombre es Damon Kent y represento al Gobierno de los Estados Unidos en la búsqueda de un avión perdido...

—Sabemos cuál es ese avión y lo que llevaba a bordo —respondió Stan Kauffman—. Pero ¿cómo saber si es usted quien dice ser?

—Es muy sencillo —el joven lanzó algo a la cubierta del *Alcotán* —. Examinen eso, por favor, y luego den una respuesta.

Algo cruzó el aire, cayendo en las manos del millonario Irwing Golberd. Este comprobó que, dentro de una bolsa plastificada, con un lastre adecuado, había viajado hasta él una credencial oficial, en

relieve, grabada en metal, .con el distintivo del Gobierno de los Estados Unidos y la firma del presidente.

Era el documento extendido a nombre de Damon Kent, agente especial de Inteligencia del Gobierno Federal. Tras examinarlo concienzudamente, se volvió al recién llegado.

—Está bien —dijo—. Suba y será bien recibido. ¿Puede dejar flotando su extraña embarcación, o puede guardarla en un bolsillo?

—Sus facultades no llegan a tanto —rió Damon—. No es plegable, ¿saben? Pero puede quedarse aquí flotando.

—¿No teme que se la roben? —dudó Golberd, sonriendo.

—Es imposible. Nadie podría manipular sus mandos, una vez bloqueados adecuadamente. Tampoco podrían apartarla de donde está. Un sistema magnético la deja adherida automáticamente al casco de su yate, y sólo yo puedo desconectar ese magnetismo.

—Vaya, tiene todas las medidas tomadas, ¿no? —rió Kauffman, mientras lanzaba una escala de mano para que el joven subiera a bordo.

—Casi todas —admitió Kent, escalando los tramos de cuerda y madera ágilmente, hasta alcanzar la cubierta—. Cuando suceda algo, pese a todas las precauciones adoptadas, les diré cuál es su fallo. De momento, cuando menos, todo parece marchar bien...

Se detuvo ante las cuatro personas allí reunidas para el rodaje, junto con dos Cámaras, algunos tripulantes de la embarcación de recreo y un hombre de uniforme blanco y gorra galonada, que había aparecido en el puente del yate para contemplar curiosamente al recién llegado. Damon mantuvo su mirada fija en ese último. Goldberg giró la cabeza, viendo en qué dirección miraba el recién llegado, y sonrió al explicar:

—Es nuestro piloto y capitán de a bordo, responsable de mi yate y de su singladura, el señor Morgan Strolh Personalmente, opina que estamos locos al quedarnos aquí mientras el mundo entero espera la guerra. Y yo le contesto: ¿Qué puede importar el sitio donde estemos, si la conflagración va a ser-total y abarcará toda la Tierra? ¿Habrá algún sitio seguro cuando todos empiecen a bombardearse mutuamente con esas malditas bombas?

—No, supongo que no —admitió Kent, pensativo—. Creo que todo será cuestión de horas o de minutos. Nadie se librará del caos. Esté donde esté. Si es que eso llega, naturalmente...

—Llegará, no lo dude —resopló amargamente Monty Wayne, sacudiendo su rubia, hermosa cabeza de galán cinematográfico—. Sólo encontrarán el cadáver del presidente, estoy seguro…

—De momento, ni eso —sonrió con gesto sombrío Damon Kent —. No aparece por parte alguna. Ni el cadáver, si realmente está muerto, ni el avión. Nada.

—Pero ¿saben ya lo ocurrido? —indagó Kauffman.

—Tampoco. No sabemos nada de nada. No hay la menor evidencia. Para eso recorro estos lugares. Busco una pista. Una clave, la que sea, que pueda conducirnos a una conclusión definitiva.

—Esa conclusión definitiva ¿de qué naturaleza será si no hallan nada? —se interesó Golberd.

—No lo sé. Posiblemente negativa.

—Eso significará la guerra…

—Sí. La guerra —convino amargamente Kent.

—Vaya perspectiva… —musitó Samantha Kelly—. Morir tan joven, por la estupidez de los hombres, de los gobiernos…

Kent la miró pensativo. Era una muchacha de cabellos castaños, ojos ambarinos y espléndida figura. Sus *shorts* blancos y su ceñida blusa roja sólo realzaban el atractivo de su cuerpo turgente, de llamativas curvas y piel bronceada por el sol y la brisa marina.

—Sí —admitió—. Es terrible morir cuando se es tan joven y tan hermosa como usted, señorita Kelly.

—¿Me Conoce? —se sintió halagada ella.

—Me dijeron quién era. Pero la hubiera reconocido igual. Su rostro es muy famoso.

—Gracias. Me servirá de poco ser mimada de mi público y poseer juventud y encanto físico, señor Kent… —movió su cabeza tristemente—. Sí, de muy poco, para ser sinceros, ¿no cree usted?

—Desgraciadamente, a todos nos ocurrirá igual, seamos mejores o peores. Nadie desea morir. Sin embargo, así será, si no ocurre un verdadero milagro.

—¿Usted cree en los milagros? —sonrió Golberd, burlón.

—No, pero ¿qué remedio me queda? —comentó irónicamente Damon, sacudiendo la cabeza con aire pesimista.

—Pero usted habrá venido por alguna razón a mi yate —apuntó Golberd, pensativo.

—Sí, eso es bien cierto, señor —admitió Damon con lentitud.

—Le escucho, en ese caso. ¿Qué desea de nosotros, señor Kent?

—Sencillamente la verdad..., si es que ustedes conocen alguna verdad que pueda resolver el problema.

—¿Qué verdad? —se sorprendió el millonario, pestañeando.

—¿Vieron algo extraño últimamente? Un resplandor, un impacto en el mar, la presencia de algo anormal en el cielo o en la superficie marina, sea lo que sea... Algo que pueda darme un indicio de la suerte corrida por el avión del presidente de los Estados Unidos, en suma. Lo más insignificante, podría tener una importancia decisiva, piénsenlo ustedes bien, por favor.

Los cineastas se miraron entre sí, con expresión perpleja. De pronto, Kauffman declaró con brusquedad:

—La verdad, no sabría qué decir... A bordo nadie ha visto nada, que yo sepa. Solamente yo... vi algo.

—¿Usted? —Kent le miró vivamente—. ¿Vio realmente algo?

—Los demás se burlan de mí —asintió el director cinematográfico, mirando a los otros con gesto huraño—. Pero yo sé lo que vi.

—¿Cuándo, exactamente?

—Sería sobre las once de la mañana del día en que sucedió todo. Me refiero a la hora local, naturalmente.

—¿Las once, hora local? —Damon hizo un rápido cálculo mental—. Eso podría significar que lo que usted viera fue en el momento en que el avión sobrevolaba justamente esta zona...

—Sí, quizá —aceptó Kauffman, ambiguo, encogiéndose de hombros—. Usted es quien conoce con detalle los horarios, ¿no, señor Kent?

—Sí, por supuesto. Dígame, ¿qué es lo que vio, exactamente?

El director cinematográfico clavó su mirada en la distancia, en la enigmática y tétrica extensión del Mar de los Sargazos. Su voz sonó repentinamente sorda, con acentos sombríos, casi inquietantes:

—A esa hora no se había empezado el rodaje ese día, porque habíamos terminado tarde la noche anterior, filmando unas escenas de noche, y el señor Golberd nos dio permiso a todos para descansar hasta por la tarde. Pero yo desperté a la hora habitual, y al no poder conciliar el sueño, me levanté y fui a desayunar,

viniendo luego a leer algo a la cubierta del *Alcotán.*

—¿Y bien...?

Stan Kauffman clavó sus ojos en Damon. Era un hombre alto, caballuno, huesudo y desagradable. A Damon no le acababa de gustar, pero no se podían considerar a las personas por su físico, y menos aún cuando podían ser importantes testigos del misterio que él iba siguiendo paso a paso.

—Entonces, señor Kent, estando solo en la parte de babor de la cubierta, tendido al sol leyendo un libro, lo vi.

—¿Qué es lo que vio, exactamente? —se interesó Damon con viveza, sin desviar de él los ojos, aunque notando con el rabillo de ambos que los demás se sonreían, escépticos, mirándose entre sí con evidente aire de duda e incredulidad.

—Vi... al monstruo —dijo inesperadamente el director cinematográfico.

CAPITULO V

El monstruo.

Otra vez la misma leyenda increíble.

El monstruo marino. Ahora, en boca de un director cinematográfico, nada sospechoso de sentirse obsesionado por clásicas leyendas marineras. La misma historia, quizá, del capitán Douro y del pescador Carlos Acosta, del barco pesquero Antillano, de Cabo Verde.

—¿Está seguro? —preguntó, tras una duda breve—. ¿Un monstruo, señor Kauffman?

—Eso dije, sí. Un monstruo, señor Kent.

—Por dios, ¿y va a creer a Stan Kauffman? —rió, divertido, el rubio y apolíneo Monty Wayne.

—Me temo que sí, señores —declaró inesperadamente Damon —. Tengo motivos para darle crédito. ¿Saben ustedes cuáles son esos motivos?

—Ni idea —confesó Golberd, que parecía desorientado por la credulidad del agente federal acogido en el yate como visitante—. ¿Es que cree usted en leyendas marinas?

—Nunca creí en nada que no viera con mis propios ojos. Pero el señor Kauffman ha visto algo de lo que ya me han hablado otras

personas antes que él.

—¿Eh? —masculló Golberd, abriendo mucho sus ojos—. ¿De veras lo ha visto alguien más, señor Kent?

—Verlo, exactamente, no. Pero notar su presencia, oírle *rugir* y descubrir el destroza en naves o personas allí donde se detectara su presencia… todo eso, sí.

La seria afirmación de Damon causó impacto a bordo del yate. Incluso el capitán Morgan Stroll, comandante de la nave, se estaba acercando con expresión sombría hacia ellos, revelando en sus azules ojos un vivo interés por el tema.

—Dios sea loado, ¿entonces no vi alucinaciones? —jadeó Kauffman, con un destello esperanzado en sus ojos.

—No sé qué es lo que llegó a ver, señor Kauffman. Cuando me relate usted exactamente esa circunstancia, le podré yo responder adecuadamente. Adelante, se lo ruego. ¿Qué es lo que vio exactamente ese día, a las once de la mañana, desde la cubierta del *Alcotán*?

—Verá… Primero fue una turbulencia en el agua, entre las algas, allí donde éstas forman una capa menos espesa. Luego empezó a emerger la… *la cosa.*

—Descríbalo todo minuciosamente, se lo ruego —la expresión de Damon era tan severa, que nadie parecía ya sentirse con ganas de bromear a bordo de la nave de recreo de Irwing Goldberg.

—No es cosa fácil, créame. Fue todo tan imprevisto, tan súbito y extraño… Además, el sol brillaba con fuerza, dificultando la visión considerablemente, dada la distancia entre el yate y el lugar elegido por el monstruo para emerger. Pero aun así, tras la turbulencia de su superficie, lo que emergió por allí era… era una forma enorme, lustrosa, como de piel impermeable, de un tono grisáceo, desgarrando algas y moluscos, y alzándose entre las aguas, como una forma prehistórica. Sí, eso era exactamente lo que parecía ser. Un plesiosaurio o dinosaurio sepultado en el mar, que de repente hubiese interrumpido su reposo acuático para enfurecerse por alguna razón. Creí captar una especie de ronco bramido, y luego un vivísimo destello en las aguas, ante la forma de la bestia.

—¿Un destello? ¿Qué clase de destello, exactamente? —trató de saber Kent.

—Justamente eso. Como un chispazo en la superficie de las aguas. Luego, nada más. Aquella cosa enorme empezó a sumergirse otra vez, en medio de un brusco torbellino de agua. Me quedé tan asombrado, tan lleno de estupor, que estaba como petrificado en cubierta.

—¿No llamó a nadie, no avisó a persona alguna de la presencia del monstruo?

—No, a nadie. No me atreví luego, cuando hubo desaparecido, por miedo a que me tomaran por loco o por visionario. Ya hay suficientes burlas a bordo con motivo de mis aficiones, para que encima narrara todo eso. Sabía que se mofarían de mí una y otra vez. Al final lo dije, pero nunca debí ceder a esa tentación. Soy el hazmerreír de todos.

—¿Cuáles son esas aficiones suyas? —se interesó Kent, vivamente.

—Vamos, cuéntaselo, Stan —rió con buen humor Monty Wayne, pasándose los dedos por sus dorados y bien ondulados cabellos—. ¿A qué esperas?

Stan Kauffman les miró a todos con evidente disgusto, luego se volvió hacia Damon Kent con aire contrariado, y terminó confesando penosamente:

—Yo... yo soy un gran aficionado a la literatura de anticipación. Ciencia ficción y todo eso... Creo en la existencia de naves extraterrestres, de posibles civilizaciones remotas, perdidas en lugares ocultos de la Tierra...

—¿Incluso en e¡ fondo del mar? —sonrió Kent.

—Incluso ahí, en efecto —admitió con gran sinceridad Kauffman—. Supongo que eso le hará rechazar mis manifestaciones como las de una persona impresionable, ¿no es cierto?

—Pues no, no es cierto. Entre otras cosas, porque ya le dije que otras personas detectaron de una u otra forma la existencia de *algo* que no sabemos lo que es..., pero que podría ser esa especie de monstruo marino citado por usted, señor Kauffman.

—Vaya, te felicito —rió de buen humor Irwing Golberd—. Parece que tu crédito sube enteros, ¿no es cierto?

Kauffman frunció el ceño, sin comentar nada. Damon Kent, con la vista fija en el Mar de los Sargazos y su enigmática superficie, densa-y pastosa como una gigantesca balsa de detritus y vegetación

marina flotando durante millas y millas en aquella región del Atlántico, no pudo por menos de preguntarse en voz alta:

—¿Qué está sucediendo, Dios mío? ¿Qué está sucediendo aquí? ¿Qué terrible y oscuro misterio encierra este mar siniestro al que nos enfrentamos?

Los cineastas del *Alcotán* se miraron entre sí, perplejos. Ninguno de ellos supo o quiso dar una respuesta.

* * *

—¿Quiere azúcar en el café, señor Kent?

—No, gracias, señorita Kelly. Lo prefiero solo y amargo. Me gusta así.

—Oh, por favor.. —sonrió la actriz con un suave movimiento de su cabeza—. No sea tan ceremonioso. Llámeme Samantha. No resulta corriente encontrarse con un espectador que la conoce a una en un lugar como éste, que parece situado al margen del mundo. Creo que vale la pena que seamos amigos…

—Claro. Por mí, encantado. Es un placer tener amistad con la famosa Samantha Kelly. Cuando lo cuente en Washington no se lo creerán.

—Le firmaré una fotografía para que lo crean, dedicándosela a un buen amigo a quien he conocido en el Mar de los Sargazos, en momentos en que todo pende de un hilo. ¿Cree realmente que existirá un futuro para poderle contar nada a los amigos, Kent?

—No, creo que no, a menos que pueda demostrar a mi Gobierno que existe un monstruo marino en el lecho de los Sargazos, cosa harto improbable por otro lado.

—Y queda cada vez menos tiempo, ¿no es cierto?

—Y tan menos… —suspiró Damon, consultando su reloj electrónico, situado en un horario relativo respecto a la Hora Cero prevista para la declaración oficial de guerra. Las cifras luminosas marcaban la distancia entre el momento actual y ese instante decisivo para el gran desastre—. Sólo veintitrés horas ya… Menos de un día, Samantha.

—El último día de la humanidad… —suspiró ella, con énfasis dramático, muy propio de una actriz.

—Tal vez no sea exactamente así. Podemos sufrir

contaminación y morir de tumores cancerígenos a lo largo de años enteros, o irnos abrasando lentamente durante semanas… —Damon meneó la cabeza con desaliento—. ¡Dios, qué locura, qué gran locura todo esto…!

. Tomó un sorbo de café. Estaba sentado en el comedor del *Alcotán,* junto a Samantha. Los demás cineastas iban a sentarse inmediatamente y estaban preparando emparedados y tarta para homenajear a su visitante.

Ya igual daba una hora más haciendo los honores a la hospitalidad de los tripulantes y viajeros del *Alcotán.* A fin de cuentas, quedaba tan poco tiempo y era tan escaso el resultado de sus pesquisas en el Mar de los Sargazos, que no tenía la más leve esperanza de conseguir nada positivo que evitase la Tercera Guerra Mundial —y la última, probablemente—, antes de la hora tope fijada por Washington.

Hasta ahora, sólo tenía un tema aparentemente de interés, aunque totalmente descabellado: el monstruo de las profundidades. La clásica «serpiente de mar». ¿Cómo iba a dar a Washington un informe oficial de semejante naturaleza, basado en el relato de dos pescadores y un director de cine que creía en la supervivencia de los dinosaurios?

Si al menos hubiese algo más tangible, más verosímil… Y de no haberlo, ¿cuál podía ser la explicación real de ese supuesto monstruo marino, del desastre inexplicable del submarino de bolsillo soviético, de la visión de que fue testigo Stan Kauffman, o del «rugido» y el agua hirviente que presenciaron junto a su pesquero panameño Ramalho Douro y Carlos Acosta?

Mientras no tuviera más que lo que tenía ahora, la guerra total era inevitable. Y el tiempo se iba agotando implacablemente…

Los cineastas aparecieron con sus bandejas de emparedados. Stan Kauffman y el productor Goldberg fueron los únicos en reunirse con ellos en el camarote. Damon observó la ausencia de Monty Wayne, el actor.

—Monty prefiere quedarse en su camarote a estudiar las próximas escenas —dijo Kauffman a Samantha Kelly—. Ya sabes cómo es él…

—Sí, ya lo sé —suspiró ella, dirigiendo una rápida mirada de soslayo a Damon.

—¿Ocurre algo en relación conmigo? —indagó Kent—. ¿No simpatiza su actor conmigo?

—Monty simpatiza con muy poca gente que no sea él mismo —fue el despectivo comentarios de Irwin Goldberg—. Pero es un actor de éxito comercial y conviene contratarlo, eso es todo. Hagamos los honores a este refrigerio, amigo Kent, y olvidemos las rarezas de Monty. Creo que existen otras muchas cosas por las que preocuparse con más motivo, ¿no le parece?

—Ciertamente, señor Goldberg —asintió Damon Kent, pensativo—. Muchas más…

Terminó el refrigerio, Samantha mostró deseos de salir a cubierta. Los otros optaron por quedarse, discutiendo Goldberg y Kauffman detalles del rodaje del otro día… «si es que ese día volvía a amanecer», según frase entre irónica y filosófica de Stan Kauffman.

—¿Viene usted, Damon? —le invitó ella con una sonrisa—, Me aburren las discusiones profesionales. Después de todo, tal vez ni siquiera lleguemos a rodar esa escena, de modo que no sé para qué discutir tanto…

Damon asintió, siguiendo a la famosa y bella actriz a cubierta. El sol nimbaba de tonos cobrizos su cabello castaño, abundante y ondulado. Los ambarinos ojos destellaron llenos de vivacidad, al fijarse en Damon. Se apoyó en la barandilla. Y lo hizo de un modo que tal vez fuera estudiado para sus poses cinematográficas, porque Kent observó que su cuerpo se arqueaba de un modo especial, realzando las turgencias agresivas de sus dos jóvenes y hermosos pechos, marcándose los pezones en el tejido de la blusa, mientras su pelvis se acentuaba contra los blancos *shorts,* y los muslos brillaban como bronce vivo al reflejo solar en el mar muerto, silencioso, inmóvil como una enorme isla flotante en la inmensidad del océano.

Era la viva imagen del sexo, ofreciéndosele silenciosamente en una especie de muda ofrenda «visual. Damon Kent la miró largamente en silencio. Ella sonrió.

—¿Le gusto? —preguntó.

—Supongo que conoce la respuesta —dijo Kent a su vez—. Usted gusta a todo el mundo, Samantha. Es el sueño de amor de muchos hombres en países muy distintos.

—Yo no pregunto por esos hombres. Le pregunto *a usted,* Damon.

—Bien, le diré lo que pienso, Samantha. Es usted hermosa. Más que eso. Es pura sensualidad. En este mundo que nos rodea, donde el tiempo parece no existir, es usted como un don del cielo. Una maravilla perdida en un infierno.

—Béseme —le pidió ella inesperadamente.

—¿Qué? —parpadeó Damon.

—Vamos, béseme. ¿Es que no se atreve a obedecer lo que una mujer le pide?

—Me gusta ser yo quien tome la iniciativa —dijo Kent con cierta sequedad.

—Bien. Tómela, entonces —le invitó Samantha.

Y desabrochó su blusa con indolencia. La pieza de tejido se fue a ambos lados, agitada por un soplo de húmeda brisa. Los senos, desafiantes, asomaron como dos espléndidos frutos invitadores. Damon los contempló aun a su pesar.

Avanzó hacia ella. La tenía ya muy cerca, frente a sí. La rodeó con un brazo. Su otra mano se apoyó en uno de ¡os desnudos pechos femeninos. Ella suspiró, entornando los ojos y entreabriendo los labios jugosos. Kent miró a su alrededor. Ni siquiera Morgan Stroll, el capitán del barco, se veía por parte alguna. Estaban solos en la cubierta del *Alcotán.* Solos en medio del Mar de los Sargazos. Como si el fin del mundo hubiera llegado ya, y ellos fuesen los únicos supervivientes.

Aplastó su boca en la húmeda y anhelante de ella. Era un beso increíble. Tiempo atrás, si alguien le hubiera dicho que iba a tener en sus brazos a la famosa Samantha Kelly, en pleno Mar de los Sargazos, no hubiera podido evitar una carcajada de incredulidad. Le hubiese parecido el mayor de los absurdos.

—Damon, soy tuya… —susurró entre dientes, mordiéndole el labio, hurgando con su lengua en busca de la de él, dejando acariciar los pechos, apretando su cuerpo contra el del joven agente especial norteamericano—. Si hemos de terminar mañana., que el hoy sea nuestro, al menos.

Damon Kent no respondió. Sus manos recorrían aquel cuerpo sinuoso y deseable. Una pasión ardiente le dominaba, incitado por la sensualidad de aquella mujer hermosa. No supo nunca dónde

hubiera terminado la escena, de no ocurrir aquello entonces.

Una violenta, brusca sacudida, zarandeó brutalmente al *Alcotán,* como si hubiese entrado en un torbellino marino que fuera a absorberlo, o hubiesen chocado con un iceberg sumergido.

Pero ni una ni otra cosa existía en el Mar de los Sargazos. Sólo algas, residuos de viejos barcos, vegetación y líquenes, espesura vegetal marina, formando una plataforma inmensa que se desplazaba lentamente, activado por las corrientes marinas.

— ¡Dios mío! —gritó Samantha, apartando su rostro del suyo, pero aferrándose con mayor fuerza al hombre en cuyos brazos se hallaba—. ¿Qué es eso? ¿Qué nos sucede?

Damon Kent sabía tanto como ella al respecto. Pero, de repente, descubrió el motivo alucinante de aquella sacudida violenta, que todavía agitaba el barco, moviéndolo) haciéndolo oscilar de lado a lado, como movido por una fuerza titánica.

¡Una enorme forma oscura, brillante y húmeda, emergía de entre los sargazos, desgarrándolos brutalmente y asomando a la superficie, en medio de un hervor virulento de las aguas, desgarro de viejas maderas flotantes adheridas a las algas, al tiempo que un pavoroso bramido conmovía el aire, rompiendo el silencio mortal del mar misterioso!

—¡El monstruo! —rugió Damon, señalándolo—. ¡Es el monstruo! ¡Kauffman y los pescadores tenían razón! ¡Hay un monstruo marino bajo este maldito mar! ~

Sonaban gritos y carreras' en el *Alcotán.* Aparecieron, demudados, los componentes del equipo cinematográfico y el capitán Stroll. Todos pudieron ver la gigantesca, espantosa forma, cuya cabeza permanecía sumergida, pero cuyo lomo, resbaladizo y oscuro como el de una inmensa ballena, agitaba y sacudía el mar en un amplio radio de acción, provocando el bailoteo alarmante del yate.

—¡Esa bestia marina nos hundirá si sigue así! —rugió Morgan Stroll, lívido—. No es posible... ¡No pueden existir monstruos así bajo las aguas!

—Pues ese *existe* —masculló Damon Kent,. logrando recuperar el equilibrio y soltándose con esfuerzo de Samantha Kelly, para precipitarse a la borda sin pérdida de tiempo—. ¡Tengo que saber lo que es, y cómo combatirlo!

Y ante el horror de los cineastas, se precipitó temerariamente fuera del yate, para ir a caer sobre la forma ovoide del Olympic, adherido todavía al casco del barco, pese a los coletazos de aquella enorme masa viviente surgida del fondo de los mares.

—¡No, Damon, no hagas eso! —le gritó la actriz, angustiada—, ¡Te matará ese monstruo! ¡No cometas locuras!

Pero Kent ya no la oía. Había penetrado por la escotilla de su nave, con algunas dificultades a causa de lo agitado de la superficie de sargazos, y tras cerrar apresuradamente el acceso al Olympic, manipuló los mandos de éste, desconectó el sistema magnético y se desprendió del casco del yate, poniendo en funcionamiento los poderosos sistemas de propulsión de su pequeña nave, al tiempo que disponía en posición de tiro las cargas eléctricas de a bordo.

Luego se sumergió sin perder momento, en medio de un torbellino de burbujas y de agua agitada, desapareciendo bajo la superficie verde-amarillenta del mar de sólida corteza de residuos.

Se fue sumergiendo con rapidez, hasta que las aguas oscuras envolvieron el casco de su embarcación. Accionó los proyectores de luz, que convirtieron el fondo marino en una bellísima e impresionante panorámica verde-azulada, que bajo la capa de sargazos formaba un cálido paraje marino de belleza increíble.

Todavía las burbujas de agua producidas por el monstruo formaban nubes brillantes, irisadas, bajo la luz de los proyectores de profundidad. En un visor graduable, logró localizar el paradero exacto del animal de las profundidades. Las señales del sonar y del radar se hicieron muy intensas cuando condujo en esa dirección Io más deprisa posible.

Tal vez era una maniobra suicida, pero el hallazgo merecía la pena. Si existía un auténtico monstruo de mar, ésa podía ser la causa del desastre del avión presidencial y, con ello, demostrar al mundo que no había existido voluntad humana de provocar el atentado. Ello significaría el fin del peligro nuclear. Pero ¿podría conseguirlo a tiempo?

Enfrentarse con su pequeña nave a un ser de semejantes dimensiones, al parecer muy superiores a la mayor ballena conocida, era de por sí un riesgo casi suicida, que podía terminar en un desastre. Pero estaba allí para averiguar la verdad e intentar salvar al mundo de la amenaza atómica de la guerra total. Y eso es

lo que intentaba hacer ahora, con riesgo de su propia vida.

A fin de cuentas, ¿qué valía ya una vida humana en los momentos actuales, vísperas angustiosas del holocausto final?

La forma monstruosa emergió en el azul profundo del mar, allá enfrente. Era como una gigantesca sierpe ondulante y poderosa. La mística criatura tantas veces mencionada en el pasado. La desprestigiada «serpiente de mar» de viejas noticias sensacionalistas, estaba allí, frente a él, moviéndose, llena de vida, coleando salvajemente en las aguas, levantando aludes de arena y piedras, ahuyentando bandadas de peces multicolores y numerosas anguilas de las que abundaban en las aguas del enigmático mar de algas y residuos navales.

De repente, la criatura pareció advertir su presencia. Con un coletazo brutal, que desgarró una masa de algas y rocas, se revolvió contra el Olympic bruscamente. Damon Kent, con un escalofrío de horror, descubrió unos malignos ojos amarillos, fulgurando en las aguas, fijos en él.

Luego, el monstruo marino se precipitó sobre la nave del agente especial.

CAPITULO VI

Fue un momento particularmente difícil para Damon Kent.

Cuando vio venir la forma fantástica del ser de las profundidades, digno de cualquier antigua imagen de la Prehistoria de la Tierra, pensó que podía ser su final y el de su liviana nave.

El choque entre aquella mole poderosa y agresiva no podía resultar bien en modo alguno, pese a todas las especiales condiciones de su nave. Forzosamente, saldría disparado, y un coletazo de aquella bestia le destrozaría contra los arrecifes del fondo.

Por ello, poniendo todos sus sentidos en la veloz maniobra, cuando la masa de la criatura lleno totalmente si visual, dio un brusco viraje del vehículo, y casi cerró los ojos, de modo instintivo, para no ver el terrible impacto.

El vehículo anfibio se bamboleó en violentamente, y Damon notó que giraba y giraba en medio de un mar turbulento, invadido de millones de burbujas, tal vez al sufrir de refilón una de las

sacudidas del mar.

Pero seguía ileso y la nave estaba intacta. Había eludido el golpe. Logó pasar, sibilante, junto al monstruo. Al comprenderlo así, su dedo se apoyó en el resorte de disparo de uno de los cañones de abordo.

Apretó repetidas veces, manteniendo el rumbo de modo que fuese visible parte del cuerpo de la bestia, pero sin correr el riesgo de colisión. La nave se estremecía, sacudida por la fuerza de los disparos.

Poderosas descargas de proyectiles eléctricos llovieron sobre la dura piel brillante y oscura del animal marino. Un bramido terrorífico sacudió las aguas. Damon aferró con firmeza los mandos. Los coletazos eran ahora realmente brutales, y el monstruo, irritado y quizá herido por la acción de los impactos de alta tensión en su cuerpo gigantesco, reaccionaba al dolor con furia evidente. El Olympic seguía dando bruscos bandazos en las profundidades, pese a los esfuerzos de Kent por mantener el equilibrio y la ruta lo más firme posible.

Temió por un instante que el rabioso animal se revolviera, lanzándose de nuevo sobre el vehículo con renovados ímpetus. Sin embargo, era evidente que no le había gustado la experiencia, y el daño sufrido en su cuerpo le incitó a huir de aquellas descargas que tanto le afectaban.

Damon Kent comprobó, con alivio, cómo el animal se perdía de vista, y a la vez su señal en el sonar se hacía más y más débil, así como su detección luminosa en la pantalla del radar.

Estaba alejándose con rapidez del campo de batalla, como admitiendo su momentánea derrota. Pero eso no significaba en modo alguno que la victoria de Kent fuese definitiva, porque distaba mucho de parecer agonizante o herida de muerte.

Sencillamente, era una retirada provocada por el dolor y la sorpresa de enfrentarse a un enemigo infinitamente más pequeño, pero demasiado poderoso para su tamaño. En cualquier momento, el monstruo de los Sargazos podía regresar para intentar triturar a su osado adversario.

Kent resopló con cansancio. Sus nervios habían sufrido en aquellos breves minutos una tensión realmente agotadora. Maniobró, empezando a perder profundidad, a la vez que

accionaba el sistema automático de descompresión.

Su idea era regresar de nuevo al yate. Había dejado en él algo sin terminar, al verse sorprendido por la aparición dantesca de la bestia de las profundidades. Y ese algo era demasiado agradable para renunciar a ello. En horas de tensión, de angustia y de espera dramática, el guerrero siempre busca el momento del reposo. ¿Y qué mejor reposo para el guerrero que al lado de una hermosa mujer?

Por otro lado, le era preciso comunicar con urgencia lo sucedido. Washington debía enterarse de que existía un monstruo marino, capaz de haber triturado el avión presidencial, con todos sus ocupantes, si éste por accidente había caído al mar. Confiaba en que el sistema de filmación de a bordo hubiese funcionado, facilitándole imágenes convincentes de la existencia de la criatura marina. Eso podía convencer a los militares y a los políticos de que la guerra no era inevitable.

Conectó los sistemas de comunicación mientras se dirigía a la superficie de regreso, e informó en clave a la estación receptora de Washington. El mensaje llegó nítido a su interlocutor, que le pidió con urgencia la filmación del monstruo. Damon Kent pulsó el transmisor de telefotos y telefilmes, oyendo el zumbido de la bobina de celuloide positivado por los sistemas automáticos de a bordo, en su envío por radio a la estación de escucha.

Esperó unos momentos, mientras alcanzaba poco a poco la superficie marina, y la respuesta de Washington le llegó, desesperanzadora:

—Hemos recibido filmación. Bastante defectuosa y movida, no permite adivinar fácilmente la naturaleza del cuerpo al que se ha enfrentado. Vemos difícil que el Congreso y Pentágono den demasiado crédito a este informe.

—¡Pero yo lo he visto, he luchado contra él! —protestó Damon Kent—. Y conmigo lo han visto los tripulantes del yate *Alcotán,* que navega por estas aguas!

—No lo discuto. Pero ellos se atienen a pruebas irrefutables. No modificarán los términos de su ultimátum, si las evidencias son tan confusas. Esa es mi impresión, y así se la transmito. Procure algo mejor si quiere que no nos vayamos todos al infierno dentro de veintiuna horas y diez minutos, agente Kent.

Se cortó la conexión. Damon juró entre dientes, maldiciendo la obstinación del ser humano para mantener sus errores y- no tratar de rectificarlos al menor indicio de duda razonable.

En aquel instante, apenas cuando iba a emerger a la superficie, a escasa distancia del casco del *Alcotán,* según le marcaba su radar, notó el impacto en la parte posterior del Olympic.

Algo había chocado con el casco de su nave ovoide. Algo sólido y veloz.

Alarmado, hizo girar totalmente el mando de su ruta. El Olympic describió bajo las aguas un giro vertiginoso, como una peonza, y encaró al cuerpo misterioso que había entrado en colisión con él.

Se quedó mirándolo con una mezcla de horror y de asombro sin límites.

Era ciertamente una forma pequeña, que parecía flotar ahora junto al casco de su nave, por simple inercia, tras haber sido proyectado contra él por alguna fuerza desconocida.

Y esa forma... era *un cuerpo humano.*

* * *

Pero un cuerpo humano *mutilado.*

Un cuerpo humano sin brazos ni piernas. Sencillamente, sólo el tronco y la cabeza. No estaba en contacto con las aguas en cuyo fondo flotaba. Algo transparente, una especie de cápsula de plástico, le envolvía como un saco hermético.

—Es... es horrible —jadeó, estremeciéndose—. ¿De dónde ha podido salir este infortunado ser?

Iba totalmente desnudo. Las amputaciones de brazos y piernas parecían hechas a conciencia, al menos en cuanto podía ver desde el interior de la cápsula, gracias a los proyectores luminosos de su nave. Eran muñones perfectamente cosidos y cerrados. Como la obra quirúrgica de un loco monstruoso.

Accionó dominando sus emociones, el sistema de absorción de a bordo, y se abrió una escotilla supletoria en la nave. Una corriente absorbente brotó del Olympic hacia el exterior. Engulló la envoltura plástica con su cuerpo mutilado. Este penetró en un compartimiento estanco de la pequeña nave ovoide. La escotilla se

cerró. Y Kent, dando la máxima velocidad a la nave, emergió al fin a la superficie, entre una espesa masa de líquenes y algas, flotando sobre el Mar de los Sargazos, a sólo unas yardas del casco blanco del *Alcotán,* hacia el que fue aproximando lentamente.

En la borda, asomados, los tripulantes contemplaban su regreso, con el rostro demudado y la expresión anhelante. Damon Kent agitó su mano desde el interior de su vehículo anfibio, para advertirles que todo iba bien a bordo.

Aunque lo cierto es que distaba mucho de creerlo así él mismo.

Apenas hubo subido a bordo, y le rodearon los cineastas y los tripulantes del yate, tomó aliento y explicó con rapidez los detalles del combate y la fuga del monstruo. Samantha se aferró a su brazo, mirándole con intensidad y admiración.

—-Menos mal... —jadeó Morgan Stroll, el capitán y piloto de la nave de recreo—. De no estar usted aquí, creo que hubiera logrado echarnos a pique ese maldito monstruo...

—Tal vez —Damon les miró sombrío—. Por desgracia, eso no es todo.

—¿Ocurre algo más? —se inquietó Irwin Goldberg.

—Lo peor, señores. He encontrado algo en el mar. Algo insólito y terrible.

—¿Qué es ello? —una repentina desazón recorrió a los presentes de forma ostensible.

—Si lo supiera... —Damon meneó la cabeza, preocupado—. Sólo sé que se trata de un ser humano. Y aún 110 estoy seguro de si vive o está muerto... Por favor, ayúdenme a subirlo a bordo.

Saltó a su nave, abrió la escotilla de emergencia, y contempló la forma inmóvil en el compartimento de absorción. Desde el yate le echaron un cable con soportes. Situó en él la forma plástica con su contenido humano, y lo izaron a bordo. Damon subió luego con rapidez, reuniéndose con ellos.

Formaban corro alrededor de la insólita forma humana. Samantha, lívida, manifestó roncamente, apartándose del grupo:

—Dios mío, Damon... Le... le han mutilado. Cortaron sus brazos y piernas...

—Y algo peor que eso —manifestó roncamente Stan Kauffman —, Parece que le vaciaron también los ojos y la lengua. Sin embargo... *aún está vivo.*

Kent notó un escalofrío. Apartó a los que rodeaban el cuerpo, se inclinó. En efecto. El director de cine tenía razón. Aquel hombre tenía vaciadas las cuencas de los ojos. Y entre sus labios entreabiertos se veía el muñón de su lengua cortada.

Kauffman también tenía razón en Otro punto, por increíble que resultara. Aquella infortunada forma humana todavía vivía. Se notaba la agitación pausada de su cuerpo al respirar. Y los labios se movían débilmente de vez en cuando.

Decidido, Kent extrajo un afilado cuchillo de sus ropas. Se inclinó y rasgó la envoltura de plástico que, con la forma misma del ser humano mutilado, envolvía a éste.

Se percibió un silbido al abandonar aquel recipiente el aire en él contenido. Goldberg hizo notar:

—Le encerraron ahí con una dosis de oxígeno. Eso le impidió morir ahogado. ¿Quién pudo hacer semejante atrocidad?

—Si lo supiera... —masculló Kent, arrodillándose junto al cuerpo mutilado de forma tan espantosa. Le tomó el pulso. Era muy débil. Le auscultó. Los latidos del corazón marcaban una vida ya muy escasa.

Luego, los ojos de Kent se clavaron en las orejas del infeliz. Se estremeció. Miró a los demás con un horror incontenible, con una fría ira invadiéndole.

—¿Vieron eso? —musitó—. No contentos con ello, también le han perforado los oídos con algo incisivo. Sangran ambos. No hay duda de que destrozaron sus tímpanos.

—Ello significa que este desdichado no puede ver, oír, hablar... ni establecer, por tanto contacto con nosotros en forma alguna —señaló Kauffman, sombrío.

—Es evidente —corroboró Kent—. Le han enviado intencionadamente. Como un mudo mensaje dirigido quizá a mí. Me mandan el cuerpo vivo de un hombre que no puede decir ni escuchar absolutamente nada. Que ni siquiera puede escribir, puesto que no tiene brazos. Ni golpear el suelo, para dar señales, puesto que no tiene piernas...

—Las huellas de las mutilaciones son sorprendentes —señaló Morgan Stroll con voz sorda—. Sé algo de medicina, y conozco la cuestión. Lograron convertirle en el despaja que ahora es, sin quitarle la vida. Y dejando unos muñones limpios y bien serrados.

Es obra de un notable cirujano. Tan hábil como despiadado, señores;

Hubo un general asentimiento. De repente, un clima de horror se cernía sobre aquel yate tan alegre poco antes, a la llegada inicial de Damon Kent. En la cubierta, lentamente, agonizaba lo que quedaba de un ser humano.

Kent descubrió una cámara de fotografía instantánea, colgada del cuello de Kauffman. Se la pidió con un gesto.

—Deme, por favor —rogó— . Voy a tomar algunas fotos a este desventurado. Debo enviarlas a Washington, por si pueden identificarlo. No hay nada en su cuerpo que me ayude a imaginar siquiera quién pueda ser. Pero debe tener relación con mi tarea, de un modo u otro.

—¿Por qué lo cree así? —se interesó Goldberg.

—Porque fuera como fuese, algo o alguien lanzó ese cuerpo contra mi nave, cuando ya había terminado la lucha contra el monstruo —manifestó Kent, haciendo dos fotografías al cuerpo mutilado, procurando enfocar nítidamente su rostro.

Luego devolvió la cámara a Kauffman, mientras las fotografías se revelaban, y él trató de saber algo por el único camino que le dictó su imaginación.

Apoyó los dedos sobre el pecho del hombre. Y comenzó a teclear en él con fuerza. Stroll comprendió, al seguir aquellas pulsaciones espaciadas sobre la piel del mutilado.

—Morse —dijo—. ¿Trata de comunicar con él a base de preguntas de Morse?

—Es el único medio —asintió Kent—. El puede, cuando menos, notar estos golpes. Le pido que mueva la cabeza en sentido afirmativo o negativo, según su respuesta. Tal vez sus mutiladores no pensaron en este recurso al enviarlo.

—La conversación no podrá durar mucho —señaló Stroll, sombrío—. Está muriéndose.

—Lo sé. Si al menos hubiera tiempo de que respondiese algo... —dijo Damon, sin cesar de golpear el cuerpo humano.

La primera pregunta era breve: «¿Sabe quién le mutiló así? »

Respuesta afirmativa.

Damon, rápido, interrogó: «¿Los rusos?» '

Negación.

El joven se sintió tenso, excitado. Era la prueba, tal vez. No se trataba de una maniobra rusa. Tras una indecisión, marcó las letras de otra pregunta: «¿Seres humanos como usted mismo?»

Afirmación rápida, casi enérgica. Pero el hombre se debilitaba por momentos. Un ronco estertor escapaba entre sus labios exangües. Estaba agonizando.

—Dios mío… —el rostro de Damon transpiraba—. Le preguntaré lo único que puede servirme de guía…

Y preguntó: «¿Se relaciona esto con el presidente de los Estados Unidos?»

Ni siquiera le dejó terminar la pregunta. Hubo un nuevo asentimiento rápido, casi desesperado.

Trémulo, comprendiendo que estaba en la ruta de un misterio mucho más alucinante y terrible de todo lo imaginado hasta ahora, Kent insistió con otra pregunta que podía señalarle, al menos, un camino a seguir:

«¿Hay alguna nave, alguna embarcación en los Sargazos que tenga relación con usted, su mutilación y todo lo demás?»

Otro asentimiento. Débil, apenas iniciado.

Luego llegó un espasmo, un nuevo estertor… y la muerte.

La cabeza cayó atrás. El hombre que no podía ver, oír ni hablar, ni tan siquiera escribir o golpear, había muerto.

Damon Kent se irguió despacio. Se enjugó la transpiración. Estaba lívido. Samantha sujetó su brazo, mirándole con ansiedad, tratando de darle alientos acaso.

—Damon… —susurró.

—No fue mucho lo que pudo decir —susurró Kent—. Pero tal vez más de lo que ellos esperaban…

—*¿Ellos!* ¿Quiénes, señor Kent? —quiso saber Goldberg, ensombrecido su semblante.

—Si lo supiera… Sólo hay una evidencia. No son rusos. Por tanto, la guerra carece de sentido. No pueden declararla mañana. Sería monstruoso.

—¿Le admitirán esto como una evidencia en Washington? —dudó Kauffman.

—Lo ignoro. Me temo que no. Ahora voy a informar. Y transmitir las fotografías, por si pueden identificar a este desdichado. Luego, ya veremos.

—El plazo se reduce por momentos, Damon —susurró Samantha.

—Lo sé. No puedo hacer más. Esperen aquí un momento.

Tomó las fotografías del mutilado y descendió al Olympic. Las insertó en el teletransmisor de imágenes y comunicó mientras las fotografías eran transmitidas a la capital federal. Su escucha acogió con interés ese nuevo informe, pero también puso en duda que bastara por sí solo para detener el infernal mecanismo puesto en marcha con el ultimátum americano.

Al fin, la voz excitada le informó:

—Las fotografías recibidas han sido identificadas sin lugar a dudas. Ese hombre era el coronel Walter Latimer, de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos. Se trataba del piloto del avión presidencial, agente Kent.

—Dios mío... —se estremeció Damon.

—Esto, sin duda, va a conmocionar muchas cosas aquí. Pero faltan sólo veinte horas y un poco más. Para estar seguros de que la guerra se evita, tendría que obtener una prueba más, la definitiva... De momento, incluso muchos opinarán que algo así sólo podrían hacerlo los soviéticos como un desafío, y que el infortunado, en la agonía, se equivocó al dar su respuesta. ¿Se da cuenta, Kent?

—Sí, maldita sea, claro que me doy cuenta. A menos que no lleve de vuelta, sano y salvo, al mismísimo presidente, o a quienes capturaron ese avión y mutilaron al coronel Latimer, la guerra es inevitable.

—No diría yo tanto. Pero sí que precisa evidencias de mucho peso para que esto dé marcha atrás. Los belicistas y los grandes *trust* de fabricantes de armas están atizando el fuego cuanto pueden.

—Hatajo de insensatos y rufianes... —jadeó roncamente Kent, con ira mal contenida—. Está bien, lo intentaré todo. Dígales que si no encuentro la verdad de este maldito asunto, ni siquiera me molestaré en regresar a Washington. Me hundiré con el Olympic en el fondo de este mar. Será un final más amable que .esperar a ver cómo se despedazan unos a otros...

Su comunicante no respondió, y Damon Kent cerró la comunicación, con el gesto contraído por la ira y la impotencia. Luego tornó una repentina decisión. Asomó por la escotilla y llamó

al yate:

— ¡Samantha! ¡Samantha!

Ella asomó prestamente. Se quedó mirándole, sorprendida.

—No puedo perder tiempo —dijo Damon—. No sirve como evidencia todavía. Tengo que buscar algo más. Y ahora, cuando menos, existe una débil pista a seguir.

—¿Te marchas, Damon? ¿Sin esperar un momento más, sólo un momento? —musitó ella, decepcionada.

—Un momento puede significar la diferencia entre la vida y la muerte del mundo, entiéndele. Sepultad vosotros en el mar a ese infortunado.' Era el coronel Latimer, de las Fuerzas Aéreas norteamericanas. El piloto del avión presidencial.

—Dios mío... —se nublaron las ojos de la actriz.

—Tengo veinte horas por delante. Ni una más. Es preciso aprovecharlas a tope.

—Sí, te comprendo —un gesto de tristeza marcó su rostro—. Suerte, Damon. Por el bien de todos. Y espero volverte a ver alguna vez...

—Volveré —prometió él—. Volveré, aunque sea para vivir juntos los últimos minutos y luego desaparecer. Adiós, Samantha.

—Hasta dentro de unas horas, Damon —se despidió ella—. Cuídate. Eres la última esperanza para todos nosotros. Y para mí, eres algo más...

Sonrió Kent. Luego cerró la escotilla. Rugieron los motores del Olympic, y la nave se elevó vertiginosamente, tomando altura y alejándose a toda velocidad, por encima de la vasta superficie inmóvil de los Sargazos.

Unos tristes ojos de mujer siguieron su vuelo hasta perderlo de vista.

CAPITULO VII

El *Neptuno* continuaba navegando por la zona, afortunadamente para Damon Kent. Deseaba visitar de nuevo las embarcaciones que había conocido anteriormente y tratar de hallar otras, como el misterioso velero Antillano, con matrícula panameña, perdido en 1984 en alta mar, y que según el profesor Arlen y la doctora Pearson, había sido avistado sorprendentemente en la zona de los

Sargazos, a los ocho años de su desaparición.

Ahora sabía que uno de los barcos que recorrían el Triángulo de las Bermudas en aquellos momentos, tenía alguna relación muy concreta con el desaparecido presidente de los Estados Unidos y con la mutilación criminal del coronel Latimer, su piloto.

Pero ¿cuál de ellos y en qué sentido?

Eso es lo que quería descubrir, antes de que el plazo terminase, y ya todo importara poco o nada.

Sobrevoló el *Neptuno*. Con cierta sorpresa, observó que no aparecían en cubierta ni el profesor Arlen ni la doctora Pearson. Los oceanógrafos de Florida, cuando trabajaban en su batiscafo, según había podido observar en su primera visita, se alternaban en las tareas y cuando uno bajaba a las profundidades, el otro se quedaba arriba, controlando el suministro de oxígeno y la maniobra de descenso del ingenio submarino. Por tanto, uno de ellos debía de estar a la vista, puesto que, evidentemente, el batiscafo estaba sumergido, a juzgar por el tenso cable que se hundía en las aguas, junto al grueso tubo de conducción de aire.

Planeó sobre el barco oceanográfico sin hallar muestra alguna de vida a bordo. Se frunció su ceño. Inquieto, dio todavía otra pasada, antes de descender suavemente, posarse en las aguas y adherir el casco del Olympic al del *Neptuno*.

Subió a bordo resueltamente, armado con una pistola de proyectiles especiales, mirando en torno con inquietud. Llamó en voz alta:

—¡Profesor! ¡Doctora! ¡Profesor Arlen, soy yo, Damon Kent! ¿Dónde están metidos?

No hubo respuesta. Kent se movió por cubierta, escudriñando todos los rincones. Se aproximó al inyector de aire del batiscafo. Funcionaba normalmente, inyectando oxígeno. El cable había llegado a tope. La máxima profundidad tolerada por el batiscafo había sido alcanzada.

Recorrió el barco de extremo a extremo. No era muy amplio y pronto lo hubo revisado todo. Inexplicablemente, no había nadie a bordo.

—Que me ahorquen si lo entiendo —refunfuñó, disgustado—. Alguien tenía que permanecer aquí, mientras el otro permanece abajo, investigando…

Una repentina aprensión le invadió. Recordó la belleza de la doctora Pearson, la noble sencillez del profesor Arlen, y la sola idea de que el poder siniestro que actuaba tan misteriosamente en los Sargazos, pudiera causar algún daño irremediable a cualquiera de los dos, le llenó de ira y de exasperación. El infortunado coronel Latimer había hablado a su modo, admitiendo que «erar, seres humanos» los que estaban mezclados en aquel horror. Pero seres humanos ¿de dónde?

¿De qué país? ¿De la propia tierra, quizá? ¿O de ese origen extraterrestre que muchos imaginativos atribuían a los fenómenos de siglos que se producían en el Triángulo del Diablo?

Saltó de nuevo a su nave. La ajustó, despegándose del barco oceanográfico, para sumergirse con rapidez, siguiendo el curso de los cables y tubos del batiscafo. Descendió velozmente hacia el fondo. Las aguas se fueron oscureciendo. Encendió sus proyectores.

Numerosas anguilas se alejaron, coleteando asustadas, ante la súbita luz que invadió los umbríos rincones bajo la densa capa de algas. El Olympic bajaba al corazón mismo de los Sargazos una vez más.

El cable y el tubo de oxígeno del batiscafo eran visibles ahora ante el visor de Kent, a la luz de sus focos. Finalmente, descubrió, sobre un lecho arenoso, la forma del batiscafo, inconfundible a la luz.

Damon descendió en estado de máxima tensión. Adosó su nave nuevamente al esférico cuerpo metálico de investigación submarina. Proyectó un chorro de claridad a través de las ventanillas circulares del ingenuo subacuático.

Y descubrió su contenido con un escalofrío.

Allí estaba el profesor Arlen. Dentro de su batiscafo. Pero estaba muerto, aplastado en el fondo del recinto esférico. Su cuerpo triturado reposaba sobre un charco de sangre. Damon juró entre dientes. Observó las tremendas abolladuras en la superficie redondeada del batiscafo.

Este había caído al fondo vertiginosamente, sin duda alguna, y el cuerpo del científico, golpeando los muros con violencia, se había reventado materialmente hasta morir, ya en el fondo del mar, donde la arena detuvo la caída de la cabina.

Era inútil pretender entrar allí. Todo cuanto podía verse era el

angosto recinto, el cadáver y la sangre. No había nada más allí dentro. El profesor Arlen había sido víctima de algo. Tal vez de un accidente, o tal vez no.

Y la profesora Pearson había desaparecido de a bordo. No podía ir a parte alguna por sí sola, puesto que la lancha de salvamento estaba en su lugar, como él había comprobado antes de descender. Por tanto, alguien se la había llevado.

¿Secuestro? ¿Asesinato?

¿Qué otro horror se había producido en la vasta extensión silenciosa y yerta del Mar de los Sargazos? ¿Qué estaba ocurriendo allí?

Emergió de nuevo. Para el profesor Arlen, su batiscafo era una buena tumba. Quizá la más idónea; la que él hubiera deseado. Ahora disponía de muy poco tiempo, para perderlo en ceremonias inútiles. Si la guerra estallaba, el mundo entero estaría lleno de cadáveres sin enterrar. Después de todo, el fondo del mar era la mejor morada final para un enamorado de los océanos como el buen profesor.

Ya no regresó al *Neptuno*, que seguía tan desierto y silencioso como antes. Sobre el Mar de los Sargazos se extendía ahora la penumbra azulada del atardecer. Pronto oscurecería, y ésta sería la última noche de la región. Ya no existiría otra. Sólo diecinueve horas escasas más tarde, todo estallaría de Oriente a Occidente y de norte a sur.

El Olympic, ahora sin rumbo fijo, comenzó a sobrevolar una amplia zona marina, buscando algo, sin saber concretamente el qué. Una mujer hermosa había desaparecido de modo misterioso. Un hombre había sido mutilado y enviado a Damon Kent por alguien desconocido, como un mensaje terrorífico. Otro hombre yacía en el fondo del océano, masacrado por una catástrofe marina seguramente provocada.

Y en alguna parte tenía que hallarse la explicación a tanto misterio, a la desaparición de un presidente, a tanto suceso oscuro, incomprensible y estremecedor.

Y también, en alguna parte, un desconocido monstruo marino recorría las aguas, bajo la superficie de algas, sembrando el terror y tal vez la muerte a su paso.

—Maldita misión… —se quejó Damon Kent—. ¿Es que sólo

existía yo, para que me la concedieran a mí precisamente? ¿Qué puedo hacer ahora, sino vagar sin rumbo fijo, a la busca de un milagro que no puede producirse?

Pero tal vez se iba a producir ese milagro, después de todo.

Cuando menos, en la noche oscura que se cernía ya sobre los sargazos, sus potentes focos infrarrojos, proyectados hacia la superficie marina, descubrieron de repente una nueva embarcación desconocida, que parecía haber surgido de la nada o de las sombras de la noche marítima.

Era un velero de reducidas dimensiones. Navegaba lentamente, eludiendo las masas más densas de algas y líquenes, y a la luz infrarroja pareció como una auténtica nave fantasma flotando en el misterioso mar de las supersticiones.

Asestó sus prismáticos sobre la embarcación. En su quilla destacó su nombre claramente:

Antillana.

Era el velero perdido ocho años atrás. El viajero solitario Alex van Dyke. El hombre de Rotterdam que buscaba a su compatriota fantasma, al mítico Holandés Errante. Era como si él mismo hubiera seguido también su propia suerte.

Damon Kent perdió altura. Planeó sobre la embarcación. Y terminó posándose lentamente a su lado.

* * *

Se abrió la escotilla. Damon asomó su cabeza y la mano armada. No se fiaba ya de nada ni de nadie. Menos aún de un desconocido navegante cuya suerte en los últimos ocho años distaba mucho de estar clara.

Miró a bordo, temiendo que la embarcación estuviera tan desierta como el *Neptuno* del infortunado profesor Pearson. Pero algo le disuadió de eso casi de inmediato.

Había una luz débil a bordo. Un gato maulló, quizá presintiendo algo. Y una voz llegó a sus oídos, canturreando apagadamente una vieja canción holandesa.

—¡Eh, el del barco! —voceó Damon Kent—. ¡Escuche, Van Dyke! ¡Eh, el del barco!

La canción cesó. El maullido del gato se tornó en bufido.

Escuchó crujidos en la cubierta del pequeño velero, y terminó por asomar un hombre por la borda.

—¿Quién diablos es usted, maldito sea? —rezongó una voz en holandés.

Damon Kent dominaba algunos idiomas. Pensó que el alemán sería más comprensible para el hombre de Rotterdam. Y le contestó en esa lengua.

—Escuche, Van Dyke. Soy Damon Kent, del Servicio de Información del Gobierno de los Estados Unidos.

—¿Y a mí qué diablos me cuenta? —refunfuñó el otro—. Estas no son aguas jurisdicionales americanas, ¿no es cierto?

—Claro que no. No vengo oficialmente a verle. Sólo soy otro navegante como usted, Van Dyke.

—¿De veras? —dudó el hombre flaco, intensamente rubio, de larga melena y barba frondosa, que asomaba su torso desnudo por la borda, mirando escéptico hacia el Olympic—. Pues lleva usted una embarcación bastante extraña. ¿Seguro que no es un marciano?

—Los marcianos no existen —rió Kent—. Pero los americanos y los rusos, sí. Y entre ambos nos van a enviar al diablo bien pronto. ¿No oye las noticias por la radio?

—Tengo mi radio averiada hace años. Y no me molestaré en arreglarla. Siempre que, se oye alguna noticia del resto del mundo, acostumbra a ser mala.

—En eso tiene razón. Y ésta es la peor. Dentro de dieciséis horas va a estallar la Tercera Guerra Mundial si yo no lo evito.

—¿Usted? ¿Entonces para qué pierde el tiempo conmigo? Yo no puedo ayudarle en eso.

—Tal vez sí, Van Dyke. ¿Puedo subir a bordo? Quisiera hablar con usted de algunas cosas. La clave de la guerra inminente está en estos mares. Usted podría tenerla, sin saberlo.

—Lo dudo mucho. Pero suba, si quiere. No podré hacerle demasiados honores. Sólo tengo pescado en salazón y galletas. A menos que quiera que sacrifique a «Rick» para ofrecerle carne… «Rick» es mi gato, ¿sabe? Mi único compañero…

—No, gracias. Por mí, su gatito puede seguir viviendo, Van Dyke. Gracias por la invitación. Seré yo quien le suba un pequeño obsequio…

Y de su pequeña alacena de reserva tomó una botella de vino y

una lata de carne, cosas con las que subió a bordo. El rostro del rubio holandés se animó a la vista de tales presentes.

—¿De verdad va a ser eso para mí? —preguntó ilusionado.

—Claro. Ya es suyo. Un regalo de Damon Kent a un compañero de navegación.

—Gracias. Pase al camarote. Es muy pequeño, pero creo que cabemos los dos. Y el gato, Claro. Nunca se aparta de mí...

«Rick» saltó a las manos de su dueño, ronroneando de placer, y mirando con cierto recelo al visitante. Pero una caricia de Kent pareció ganarse su simpatía.

—Bueno, ¿y qué es eso que podría yo hacer por usted en tan grave problema? —se interesó Van Dyke, una vez acomodados dificultosamente en el angosto y descuidado camarote.

—Verá... Usted lleva años viajando por estos mares. Incluso se le ha dado por desaparecido ya, oficialmente.

—Eludo las rutas marinas más frecuentadas. Me encuentro a gusto aquí y no pienso volver jamás a la civilización. Esto sí es vida, no aquello.

—Por desgracia, Van Dyke, ni siquiera esto se salvará del desastre. Todos sufriremos sus consecuencias. Si quiere seguir navegando a placer, trate de ayudarme.

—Pero ¿en qué?

—Usted ha tenido que ver cosas en estos mares, durante estos años de solitaria navegación, Van Dyke.

—Si se refiere a esos «platillos volantes» que todo el mundo asegura ver en el Triángulo de las Bermudas, le aseguro que jamás vi ninguna. Lo más parecido a un OVNI que he llegado a ver... es su embarcación, amigo.

—Le creo —rió Kent—. No, no me refería a OVNIS, Van Dyke, sino a... *algo* especial, insólito. Alguna embarcación extraña, algún submarino poderoso, algo que pueda interceptar aviones en vuelo, atraerlos y hacerlos desaparecer sin dejar rastro. Un ingenio humano, sumergible sin duda, que sea capaz de haber eclipsado sin dejar huella a un potente avión militar con un presidente norteamericano a bordo, y toda su tripulación.

—En este Mar de los Sargazos hay muchas cosas raras, amigo, pero ninguna así. Para una maniobra semejante, haría falta un acorazado sumergible, o poco menos, Y unos ingenios muy

sofisticados, que forzosamente tendrían que emerger alguna vez a la superficie.

—Sí, por supuesto. Es lo que yo he pensado.

—En los años que llevo navegando por esta zona nunca vi nada parecido. A veces he creído notar incluso algo tan inverosímil como la existencia de algún monstruo marino bajo las algas, pero supongo que ha sido simple imaginación…

—No, no lo era —negó Kent—. Yo he luchado contra él no hace mucho. Y lo vi tan claramente como ahora le veo a usted.

-—¿De veras? -—el holandés le miró, perplejo—. Bueno, pues es todo lo insólito que he captado por estas aguas, se lo aseguro. No puedo ayudarle, y de veras lo siento…

—En fin, a! menos lo ha intentado. Gracias, amigo —Kent se puso en pie, dirigiéndose a la cubierta—. Faltan ya tan pocas horas, que no sé qué hacer… Me enfrento a algo demasiado terrible y poderoso para vencerlo por mis propios medios, la verdad. Empiezo a darme por vencido.

—¿Eso significa que dejará de luchar por salvarse y salvar a los demás? —meditó Van Dyke, siguiéndole, pensativo, a cubierta.

—¿Qué otra cosa puedo hacer? Sé que la clave está aquí, en este maldito mar. Que en alguna parte, una fuerza maligna se oculta, esperando el gran desastre que ella misma provocó. Pero ¿qué fuerza es ésa y quién la controla? Eso es lo que no sé. Lo que daría a mi Gobierno la respuesta capaz de salvar al mundo. Una respuesta que soy incapaz de hallar, aunque confiaron en mí…

Van Dyke iba tras él, con su inseparable «Rick» en brazos. Oyó su voz, tratando de darle alientos:

—No puede abandonar todavía. Mientras le quede una hora disponible, debe intentarlo. Usted no parece ser de los hombres que ceden fácilmente ante las dificultades…

—No lo soy. Pero esto es demasiado, Van Dyke… En vez de aclarar algo, el enigma se hace cada vez más profundo e indescifrable.

—En ese caso, no tendré más remedio que ayudarle…

Esas palabras le sorprendieron. Iba a volverse, para tratar de indagar su significado, cuando el cielo entero pareció caer sobre su cabeza.

Notó un estallido brutal, miles de luces brillantes girando ante

él vertiginosamente, la noche pareció hacerse más oscura que nunca, y se hundió en una profunda sima negra, perdida la noción de todo.

CAPITULO VIII

Despertó sin sentir dolor alguno.

Para el efecto devastador que le había producido aquel golpe imprevisto en su cráneo, resultaba sorprendente despertar sin sentir daño en parte alguna de su cabeza.

Damon Kent levantó la mirada con lentitud. Miró en torno, tratando de entender lo ocurrido. El suelo no se movía lo más mínimo. No estaba a bordo de su nave Olympic. Al parecer, tampoco estaba a bordo de embarcación alguna. No había la peculiar oscilación de los buques en navegación. El suelo era firme. La sensación de solidez completa.

Miró, perplejo, el lugar donde se hallaba.

Era una estancia amplia, de muros blancos *y* lisos, sin adornos ni decoración alguna. Los muebles eran también blancos, planos y funcionales. La iluminación brotaba de todas partes y de ninguna en concreto.

Kent respiró con fuer/a. Se notaba despejado y en perfectas condiciones. El aire era límpido, incluso liviano, como si respirase un oxígeno de pureza absoluta

—¿Dónde diablos estaré? —murmuró—. El golpe me lo dio ese holandés maldito. Pero ¿por qué? ¿Qué interés puede tener en que todo se destroce? Dijo que iba a ayudarme...

Pero Io cierto es que no parecía haber obrado en ese sentido. Golpearle y conducirle a algún lugar que él desconocía, era hacerle perder tiempo, horas preciosas tal vez.

Era condenar al mundo irremisiblemente. Hacerle perder la última oportunidad.

Miró su reloj. Estaba parado. Seguía marcando una diferencia de diecisiete horas con respecto a la hora final.

Trató de ponerlo en funcionamiento. No lo logró. El cronómetro seguía detenido. Eso era raro, porque aquellos relojes difícilmente se averiaban aun en las más adversas condiciones.

No tenía idea del tiempo transcurrido. Ni del que faltaba por

transcurrir, que era lo verdaderamente trascendental. Palpó los muros, buscando alguna puerta o abertura simulada en su blancura aséptica y totalmente lisa.

No la encontró. Aquello parecía un cubículo herméticamente cerrado. Pero por alguna parte tenía que haber sido introducido allí.

—¡Eh, ustedes, sean quienes sean! —voceó—. ¿Qué hago aquí encerrado?

Siguió un silencio absoluto. Parecía que nadie iba a dignarse responderle.

Sin embargo, de repente, un muro se deslizó en silencio.

Se abrió totalmente, como una gran puerta, Y se halló ante un largo corredor cilíndrico, de muros cristalinos y opacos. La iluminación provenía de esos mismos muros, de luminosa superficie.

Al fondo descubrió a alguien. Una persona le aguardaba al final del corredor. Le pareció un ser muy alto y delgado, envuelto en una especie de túnica blanca, y con cabellos largos, también blancos y sedosos,

—Acérquese —pidió una voz profunda, que retumbó con ecos sonoros en los muros curvos del pasillo cilíndrico.

Avanzó Damon vacilante. Sus pies pisaron aquel suelo curvo, luminoso. Se adentró por el corredor. Sus pasos apenas si producían sonido alguno. A medida que se aproximaba al desconocido, observó que éste tenía un rostro solemne, un aire majestuoso, y sus facciones revelaban una edad avanzada, aunque los ojos fuesen agudos y brillantes.

Vagamente, Damon Kent se dijo que aquel hombre le recordaba a alguien, que algo en su rostro le resultaba familiar, sin saber por qué.

—¿Dónde me encuentro? —quiso saber Damon, sin dejar de caminar hacia el extraño personaje.-

—En el Túnel de Comunicación de la Zona Intermedia —se le informó escuetamente.

—¿Cómo? ---pareció perplejo, desorientado—. Temo no entender...

—Lo entenderá pronto, Kent.

—¿Conoce mi nombre?

—Yo conozco muchas cosas.

—¿Quién es usted?

—Mi nombre es Xalk. Pero eso no le dirá gran cosa. Christian Xalk, exactamente.

—No, no me dice nada. ¿De qué país procede?

—Eso importa poco —una vaga sonrisa asomó a los labios del hombre de blancos cabellos, mientras le contemplaba fijamente a medida que la distancia entre ambos, en el largo túnel luminoso, se iba reduciendo—. No es el país Io que cuenta en estos momentos, Kent, Usted no puede imaginar siquiera dónde está.

—No, no lo imagino. Supongo que en algún lugar… bajo la superficie del océano.

‘—Una buena deducción —aprobó Xalk lentamente—. Sí, está en un lugar bajo el océano. Exactamente bajo el Mar de los Sargazos, como ustedes lo llaman.

—De modo que era cierto…

—¿Cierto? ¿El qué?

—Todo cuanto durante años se habló de esta zona marítima. La leyenda del Triángulo del Diablo y todo eso… Existían ustedes. Estuvieron siempre aquí, ocultos en las profundidades…

—Eso no es exacto, Kent. ¿Qué imagina usted que somos?

—Extraños. Gente de otros mundos.

—¿Alienígenos? —sonrió Xalk.

—Por supuesto. Extraterrestres: Llámense como quieran, son de otro planeta.

—Se equivoca —meneó lentamente su cabeza Xalk—. Somos tan humanos y tan terrestres como ustedes.

—No es posible. A menos que vivieran en tiempos remotos y hayan nacido aquí, de padres del espacio…

—¿Padres del espacio? —se echó a reír, y le miró extrañamente, con una peculiar expresión de burla—. Eso tiene gracia, Kent… Mucha gracia.

—Yo no se la veo. ¿No se da cuenta de que estoy perdiendo un tiempo precioso aquí, con usted, en estos momentos?

—Tiempo… —la sonrisa se hizo vaga en el rostro venerable del hombre de blancos cabellos y blanca túnica, a quien ya tenía justamente ante sí, en toda su impresionante majestuosidad—. Tiempo… No tema, Kent. No pierde ningún tiempo ahora.

—¿Cómo puede decir eso? Faltan tan pocas horas… Tal vez ya ni siquiera sea tiempo de nada. Depende de cuánto haya permanecido inconsciente, tras golpearme ese maldito holandés, Alex van Dyke…

—No le culpe a él —suspiró Xalk—, Lo hizo por su bien. Y por el de todos. Esto tenía que suceder. O nada sería como es.

—Sus palabras no tienen para mí ningún sentido, señor.

—Están muy claras, si se comprende su significado. Para ello, tendría que saber lo que significa Zona Intermedia. Y muchas otras cosas más.

—Lo siento. No tengo tiempo. No quiero saber nada, si mientras tanto el mundo va a su destrucción.

—Le repito que nada debe temer. Mire su reloj.

—Ya lo he mirado. Está parado.

—Exacto. Sigue faltando el mismo tiempo para que ocurra.

—Pero sólo en *mi* reloj —replicó Damon sarcástico—. El tiempo sí corre para los demás.

—Es lo que usted piensa. Se lo explicaré más claramente. Para usted, el tiempo se ha neutralizado ahora. Por tanto, aunque crea permanecer aquí años, en realidad sólo estará segundos del tiempo real, de *su* tiempo, para ser exactos.

—Eso no es posible.

—Tiene mi palabra de que es así. Y yo nunca miento.

—Pero entonces es cierto. Ustedes son alienígenas, no terrestres. Sólo en el espacio exterior deja de existir tiempo real…

—No siempre. Hay otro lugar donde el Tiempo no existe.

—¿Cuál? —frunció el ceño Damon Kent.

—El propio Tiempo, amigo mío —sonrió Xalk.

—No entiendo…

—Sus teorías sobre los OVNIS y sobre el Triángulo de las Bermudas estaban basadas en una falsedad, en un error que lo desvirtuaba todo —explicó Christian Xalk pacientemente—. Esa es la razón de que ustedes nunca hayan comprendido la presencia de OVNIS, sin que sus ocupantes establecieran relación con ustedes jamás. Existía un motivo concreto para ello, y aún existe.

—¿Cuál es?

—El Tiempo. Nosotros no somos viajeros extraterrestres. Ni una potencia terrestre agresiva. Nada de todo eso es cierto. En realidad

venimos del Futuro, ¿entiende?

—Cielos. ¿Qué dice?

—Somos viajeros en el Tiempo. Hemos logrado perfeccionar las naves que viajan en el Tiempo, y con ellas llegamos al pasado -o al futuro de nuestra propia humanidad, en viaje exploratorio. Fuga/ mente, en el tránsito de un plano temporal a otro, son a veces inevitablemente visibles nuestros vehículos. Luego desaparecen a la vista de los seres del presente. Existe una imposibilidad física y material de mezclarnos con seres que, en realidad, *ya existieron* o *aún no existen,* ¿se da cuenta? Y de existir tal posibilidad, procuraríamos evitarla, porque ello implicaría nuestra influencia en cosas que *ya* sucedieron, o en cosas que *tienen* que suceder.

—Dios mío, eso es fantástico...

—No menos fantástico que imaginar a unos seres volando de unas galaxias a otras —recha/ó Xalk con su sonrisa apacible—. Ahora ya sabe la verdad, Kent.

—No. Usted se halla en la Zona Intermedia. En el llamado Túnel de Comunicación entre el Pasado, el Presente y el Futuro. Aquí sí podemos entrecruzarnos, una sola vez durante un periodo breve e improrrogable. Luego, nuestros destinos se alejarán como líneas divergentes para no encontrarse jamás.

—¿Por qué, entonces, estoy aquí?

—Porque queremos ayudarle. Tenemos que ayudarle, por una sola vez como excepción, para que nosotros podamos *nacer* en nuestro momento, sin que el mundo se destruya estúpidamente. Van Dyke también tuvo relación con nosotros, durante esos años en que estuvo oficialmente perdido. Sabía cómo llamarnos en un caso de necesidad, y lo hizo. El sigue su viaje solitario por su momento presente en el Tiempo. Usted ha viajado hacia aquí para vernos y para que le ayudemos. Cuando regrese, el tiempo habrá sido neutralizado. No habrá transcurrido más allá de un minuto. Y usted tendrá tiempo de detener a los locos de su tiempo, antes de que lo destruyan todo. Y al Futuro con ellos...

—-¡Pero ustedes han cometido horrores sin fin! —clamó Damon, horrorizado—. ¡Han hecho desaparecer un avión, con nuestro presidente a bordo! ¡Han asesinado ferozmente a un infortunado piloto, han matado a un oceanógrafo y raptado a su ayudante, una mujer indefensa!

—Serénese, Kent —le calmó Xalk con voz mesurada—. Nosotros nunca haríamos nada así. Sólo viajamos en el Tiempo, no matarnos a nadie ni causamos daño alguno. Es cierto que tendremos en el futuro esta base marina que ahora visita usted. Pero será sólo para bien de la Humanidad, no para aniquilarla o destruirla.

—Entonces, ¿quién hizo todo eso?

—Gentes de su propio tiempo, Kent. Una súper organización criminal internacional. Una sociedad secreta cuyo único objetivo es la guerra total y el exterminio del mundo.

—Pero ¿para qué? También ellos serían destruidos...

—No, no lo crea. La International World War Organization, como se llama a sí misma, está formada por gente que ha logrado construir un invulnerable refugio atómico en las profundidades de los Sargazos, y allí se ocultan, esperando el holocausto de los demás, para quedarse como dueños absolutos del mundo y de sus riquezas. Poseen medios para reducir al mínimo los efectos de una guerra nuclear que destruya la vida pero no las ciudades y las plantas. Y entonces, ellos serán los amos de todo, irremisiblemente. Su interés fundamental es provocar esa guerra. Parece que ya lo han logrado. Su refugio submarino ha sido el centro de operaciones. Allí está el presidente suyo, allí los restos del avión y los demás tripulantes. Y, por supuesto, el agente que desplazaron a la superficie, para controlar la situación y dirigir las operaciones.

—¿Un agente de ellos? ¿Quién?

—Se llama Ana Pearson, y es doctor: en oceanografía —explicó mansamente Christian Xalk.

* * *

—¡La doctora Pearson! Ella... No la raptaron, entonces...

—No. Ella mató a su compañero, el profesor Arlen, v se marchó a su refugio submarino, desde donde enviaron contra usted a su monstruo mecánico...

—¿Mecánico? —repitió Damon Kent, estupefacto.

—Por supuesto. No hay animales antediluvianos en el fondo del mar. Ya no, Kent. Ellos crearon uno artificial, para sembrar el pánico en la zona donde tienen su refugio, y evitar así indiscreciones de posibles navegantes. Al fracasar con usted, fe

enviaron ese mensaje horrible, en forma de un ser humano mutilado atrozmente para que no hablase ni revelara detalle alguno de la magna conspiración contra el mundo.

—¿Cómo puede estar usted enterado de todo?

—Desde el plano del Futuro de ustedes, se pueden ver las cosas con más claridad —sonrió Xalk—. Nuestra panorámica es más amplia…

—¿Y cómo podrán ayudarme en un trance así? Ustedes no pueden intervenir en asuntos de otra época, ¿no dijo eso?

—En efecto. Sólo usted puede resolver el problema en realidad. Al menos, en su sentido puramente físico. Pero eso no significa que, a nuestro modo, no podamos ayudarle a resolver las cosas con nuestros recursos, mucho más avanzados, lógicamente, que los de su propio tiempo. Por esta única vez, el Futuro ayudará al Presente. No para cambiar el curso de las cosas, sino para impedir que sucedan- de otro modo.

—Yo estoy dispuesto. Pero ¿cómo encontrar ese refugio submarino en sólo unas pocas horas, cómo entrar en él, rescatar al presidente y escapar de allí, logrando informar a tiempo a mi Gobierno… Es una tarea imposible para mí.

—Lo seria sin nuestra ayuda —suspiró Xalk—. Cuando vuelva a su tiempo, a su época, lo hará justamente *dentro* del refugio submarino de la Organización Internacional para la Guerra Mundial. Lo demás dependerá de usted… Y de nuestra, pequeña ayuda. Tenga fe. Y mucha suerte, amigo mío… Ahora adiós. No volveremos a vernos jamás. Tome este mensaje y guárdelo para cuando después de que todo esté resuelto. Sólo podrá leerlo una vez. Luego se borrará, sin dejar huellas. Nadie puede conservar una escritura de! Futuro, lógicamente.

Le tendió una pequeña tarjeta de material plástico, blanco y brillante. Apenas la tocó Damon, todo le dio vueltas alrededor. Se borró la figura de Xalk, el Hombre del Futuro. Apretó con fuerza la tarjetita y cerró los ojos, cegado por miles de destellos luminosos de mil colores. Notó un zumbido, pareció flotar en algo oscuro y liviano, como si estuviese libre en el vacío sideral, y finalmente notó que pisaba algo firme.

Abrió los ojos.

Se encontró ante el presidente de los Estados Unidos, que le

miraba asombrado.

CAPITULO IX

—¿Usted? —exclamó el presidente, asombrado, sin creer lo que veía-—. ¿Quién es usted y qué hace aquí? ¿Cómo ha entrado? No parece uno de ellos. Lleva el distintivo de Inteligencia del Gobierno en su uniforme...

—Soy Damon Kent, de Información Federal, señor —explicó brevemente Kent, saludando cortés y respetuoso a su presidente—. No hay tiempo ni ocasión de explicarle cómo llegué hasta aquí. Lo importante es que he llegado. Tenemos que abandonar este refugio submarino.

—Pero ¿cómo? —se lamentó el presidente, con el cual se hallaban los demás miembros del avión desaparecido—. Es una fortaleza inexpugnable, Kent. Ellos mutilaron horriblemente a mi piloto, el coronel Latimer...

—Lo sé, señor. No tiene que explicarme nada. Ahora, vamos a salir de este odioso recinto.

—Tendríamos que ser superhombres para lograrlo —manifestó roncamente el presidente moviendo la cabeza con pesimismo—. Es muy profundo y sólido. Está lleno de gente armada. ¿Cómo escapar de un lugar así?

—Confiemos en la fortuna, señor. Y en mí un poco también —y no añadió más, porque hubiera sido demasiado hablarle al presidente de los seres del Futuro—. ¿Cuál es la salida de esta cámara?

—Ese muro —señaló uno de los tripulantes del avión—. Vea la puerta, señor.

Kent asintió. Aunque disimulada en la pared, era visible la puerta, con sus rendijas. Los muros eran metálicos, como los de la más sólida prisión. Mentalmente se preguntó cómo diablos podrían ayudarle en este trance Xalk y su gente de! futuro.

Se aproximó a la pared hermética. Sorprendido, descubrió en su cintura algo que no le pertenecía ni había visto nunca: una especie de tubo azul, de extraño metal. Una voz, mentalmente, parecía ordenarle:

—Utilice el tubo. El tubo azul, Kent...

Lo empuñó, sin tener una idea concreta de lo que iba a hacer. Obraba instintivamente, movido acaso por ondas telepáticas llegadas de otro plano temporal, a través de una misteriosa e invisible puerta abierta entre el Presente y el Futuro.

Proyectó el tubo contra la puerta disimulada en la plancha metálica. Presionó un resorte. Brotó una delgada línea de luz cegadora, que a! contacto con el metal, cortó a éste como si fuese un rayo láser de enorme potencia.

Con un silbido apagado, ante el general asombro, la puerta fue abierta, hendida virtualmente. Al otro lado, asomaron, estupefactos, unos hombres armados, de negro casco y uniforme. Damon no vaciló en proyectar sobre ellos la línea de luz. A su simple contacto, con un grito ronco, los dos hombres se convirtieron en una masa incandescente, y luego en simple humo que se evaporó lentamente. No quedaba ni rastro de ellos.

—Cielos, ¿de dónde obtuvo ese arma, Kent? —jadeó el presidente.

—Se lo contaré más tarde —sonrió Damon, abriendo paso hacia el exterior.

Estaban en un corredor sombrío, largo y metálico. Al fondo había un muro por un lado y luces brillantes por el otro. Corrieron hacia esas luces, capitaneados por el joven agente federal.

Cuando alcanzaron el final del túnel, un cuarteto de soldados de negro uniforme se quedó como alelado al verles.

Alzaron sus rifles, reaccionaron algo tardíamente. Damon apuntó hacia ellos con su tubo llegado del Futuro. Volvió a disparar silenciosamente.

Los cuerpos se incendiaron, para evaporarse luego entre nubes las de humo. El corredor quedó libre. Siguieron adelante, hasta alcanzar una especie de galería que asomaba, finalmente, a una especie de enorme embalse interior, en cuyo centro flotaba un submarino gigantesco, de negro casco y emblemas de calaveras, con las siglas de la siniestra organización, IWWO.

—Creo que hemos llegado —susurró Damon, radiante—. Ese submarino puede conducirnos al exterior a todos... Estén dispuestos.

—Pero no podremos tomarlo —objetó el presidente—. Vea cómo lo guardan...

Era cierto. Más de una veintena de hombres armados, de uniforme de negro material plástico brillante, paseaban en torno al submarino, por unas pasarelas que bordeaban el agua, o bien sobre la propia cubierta de la nave sumergible. Grandes focos se proyectaban sobre el estanque, desde la bóveda superior.

—-Sí, va a ser difícil —admitió Damon Kent, volviendo a encomendarse mentalmente no sólo a Dios, sino también a los hombres del Futuro—, Pero hay que intentarlo, señor. Nos jugamos demasiado para desistir ahora. Se hará a vida o muerte. No tenemos ya nada que perder.

—Cierto, Kent. Vamos allá... y que Dios nos ayude.

—Amén —murmuró entre dientes el joven, con decisión.

Avanzaron resueltos, saliendo a la amplia zona iluminada. Su presencia causó general estupor y desorientación en los presentes. Una voz aulló:

—¡Mire allá! ¡Es un agente americano! ¡Ha logrado entrar en la fortaleza y ha .sacado de su celda a los presos! ¡Detenedles, pronto! ¡Si se resisten, matadles a todos!

Había llegado el momento culminante. Una sirena aguda comenzó a sonar, provocando la alarma en toda la fortaleza.

Damon Kent no supo qué hacer. Por unas puertas situadas en torno al estanque donde reposaba el submarino, empezaban a surgir más hombres armados. Y con ellos una mujer, ahora uniformada de negro, a quien conoció muy bien.

—¡Damon Kent! —gritó ella al reconocerle—. ¡Es un agente americano! ¡No sé cómo pudo llegar hasta aquí! ¡Matadle, pronto!

—Vaya, doctora Pearson —sonrió duramente Kent—. Volvemos a vernos...

Y entonces, una nueva orden mental le llegó desde otra dimensión, eh el Tiempo Futuro, quizá desde la poderosa mente del venerable Christian Xalk.

La orden de utilizar algo que tampoco llevaba antes consigo, cuando llegara al Túnel de Comunicación de la Zona Intemporal o Intermedia.

Era una simple cápsula vidriosa, que notó en su mano, adherida a su dorso. La miró como hipnotizado, cuando más de cincuenta armas les encañonaban implacables, prestas a convertirles en una criba.

—¡Contenga la respiración, por el amor de Dios! —silabeó, angustiado, poniendo todo su énfasis en esa orden—. ¡Conténgala cuanto tiempo puedan, o todo se habrá perdido!

Y arrojó la cápsula a las aguas donde flotaba el submarino negro.

Apenas chocó con las aguas, y empezaron a tronar las armas en tanto ellos se arrojaban al suelo, una enorme columna de agua se alzó, agitándose, zarandeando el submarino, y vomitando un denso gas oscuro, que se extendió por la vasta edificación submarina con la rapidez del rayo.

Y ante el asombro del grupo de evadidos, todos cuantos respiraban aquel gas un solo instante, se quedaban paralizados- en el acto, totalmente inmóviles, como estatuas de carne y hueso.

Cesaron voces y disparos. Un mundo petrificado les contemplaba desde abajo, en tanto ellos mantenían su respiración detenida, sin absorber la más mínima porción de aquel asombroso gas llegado del mañana de la Humanidad, providencialmente, a manos de Damon Kent.

Tras unos segundos de espera, Kent al fin respiró, cuando ya lo hacían el presidente y sus acompañantes, mucho menos capacitados para resistir la prueba que el joven Kent.

No sucedió nada. El gas ya no les causó problemas. Los demás seguían paralizados, tal vez durante el tiempo suficiente para permitirles huir de allí.

—No sé mucho de submarinos, pero intentaré tripular esa nave —dijo Kent, corriendo escaleras abajo, desde la pasarela superior a la cisterna donde se hallaba el submarino—. ¿Alguno de ustedes puede ayudarme?

—Yo —dijo uno de los pilotos—. También he servido en la Marina. Creo que saldremos de aquí sin problemas...

Y así fue.

Momentos más tarde, la nave sumergible abandonaba suavemente su refugio, para adentrarse por un largo corredor submarino, y emerger finalmente al mar abierto, por el que navegó a toda máquina.

Kent consultó' su reloj nerviosamente. Luego, sonrió, esperando.

—Quedan todavía varias horas —dijo—. Trataré de comunicar desde aquí. Si no, iremos en busca de mí nave Olympic. Este

submarino es muy rápido y puede hacer la ruta en poco tiempo...

—¿Y la gente de esa maldita fortaleza de locos belicistas? —dijo el presidente, temeroso—. ¿No vendrán tras de nosotros para darnos caza? Tienen grandes recursos en su refugio submarino...

—Espero que no puedan conseguirlo, señor —manifestó Damon, pensativo.

En ese momento, a sus espaldas, el mar se conmovió, agitándose sus aguas a causa sin duda de una terrorífica y tremenda explosión. Todos volvieron la cabeza. Damon Kent hizo emerger el periscopio. Miró por él. Luego, invitó al presidente:

—Vea, señor...

El acudió allí. Pudo ver la superficie marina, llena de restos de metal, piedras aún volando por los aires... y numerosos uniformes negros, reventados y dispersos en un amplio radio.

—Creo que ya nunca nos podrá perseguir nadie, señor —comentó Kent—. La fortaleza ha estallado...

—¿Cómo pudo ser? ¿Tal vez algún explosivo cuando intentaron perseguirnos?

—Tal vez —admitió Kent. Pero no reveló lo que realmente pensaba. Sus ideas fueron hacia algún lugar en el futuro. Hacia unas personas que habían hecho posible, con sus increíbles recursos técnicos, la victoria, la evasión, y ahora, quizá, la voladura definitiva de la submarina fortaleza del Mal.

Y con ello, la supervivencia del mundo.

* * *

Damon Kent sonrió al ver cumplirse la hora que hubiera podido ser la última del mundo y de sus habitantes.

—Ya pasó —dijo—. Ahora, todo queda atrás.

Samantha Kelly, la actriz, le miró larga y profundamente. Una sonrisa dulce asomó a sus labios.

—Eres maravilloso, Damon —dijo—. Sólo tú podías librar al mundo de un desastre semejante. Desde un principio estuve segura de que lo conseguirías.

—Tuviste demasiada fe, Samantha —sonrió Kent—. Yo no creía lo más mínimo en mi éxito.

—Pero el éxito llegó, que es lo importante. Damon, todo el

mundo se pregunta de dónde pudiste sacar las armas terribles que vencieron a esa poderosa organización para la guerra.

—Yo también me lo pregunto muchas veces —rió Kent, irónico.

—¿Te burlas de mí?

—Nunca haría eso, querida. Nunca —la atrajo hacia sí y la besó —. Ahora, olvídate de tu película y yo me olvidaré de mis asuntos profesionales. Ya pasó todo, y hemos de pensar en nosotros....

—Damon, creí que nunca me dirías eso —musitó ella, pegándose a él, buscando su boca con apasionada avidez.

Se besaron largamente, sus cuerpos se unieron el uno al otro, en la quietud de la noche, sobre el mar apacible que recorría el yate *Alcotán.* Luego, ella le tomó de una mano, tiró de él, invitadora.

—Vamos, Damon. Vamos a mi camarote. La noche es nuestra. El tiempo es nuestro ahora....

—El tiempo... —eso hizo recordar a Kent. Se detuvo un momento. Buscó en sus bolsillos y halló la tarjeta plástica del futuro. La apretó entre sus dedos—, Espera un instante, Samantha. Debo ver algo...

Se inclinó junto a una luz de cubierta. Miró la tarjeta blanca y brillante.

Leyó un nombre impreso allí:

CHRISTIAN XALK KENT: AÑO 2130.

Se quedó rígido, petrificado. Aquel increíble mensaje pareció cobrar vida, emerger de la cartulina.

Luego, súbitamente, se borró. Las letras parecían evaporarse, diluirse en la superficie plástica.

Damon Kent recordó el majestuoso hombre de pelo blanco. Christian Xalk *Kent.* ¿Un descendiente suyo? Sin duda.

¿Nieto, biznieto? Sólo él y Dios lo sabían. Aún tenía que nacer, aunque había visitado el pasado. *Su* pasado.

—¿Qué miras tan interesado, Damon? —se intrigó Samantha, tirando de él.

—No, nada —suspiró Kent, mostrándole la pieza de plástico—. Creí que había algo escrito. Pero está en blanco, ya ves... Vamos, Samantha, querida.

Se dejó llevar. La puerta del camarote se cerró tras él. La pieza de plástico estaba allí, caída en la cubierta. Sin texto alguno.

La brisa del Mar de los Sargazos la rozó de pasada. Y propio

plástico se hizo polvo, se volatilizó.

Como si nunca hubiera existido.

Quizá porque *aún* no existía.

FIN